

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

# NOCHE DE REYES

*o lo que queráis*  
PERSONAJES

ORSINO, *duque de Iliria.*  
SEBASTIÁN, *hermano de Viola.*  
ANTONIO, *capitán de buque, amigo de Sebastián.*  
UN CAPITÁN, *amigo de Viola.*  
VALENTÍN y CURIO, *gentilshombres de la servidumbre del duque.*  
DON TOBIÁS REGÜELDO, *tío de Olivia.*  
DON ANDRÉS DE SECOROSTRO.  
MALVOLIO, *mayordomo de Olivia.*  
FABIO y FESTE (*bufón*), *criados de Olivia.*  
OLIVIA.  
VIOLA.  
MARÍA, *doncella de Olivia.*

NOBLES, SACERDOTES, ALGUACILES, MÚSICOS y otros.

Escena: *Una ciudad de Iliria, y la costa cercana a ella.*

## ACTO PRIMERO

### ESCENA PRIMERA

*Una sala del palacio ducal.*

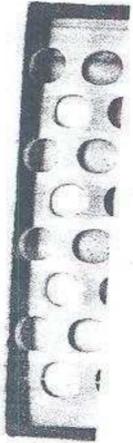
*(Entran el DUQUE, CURIO y otros nobles. Músicos al fondo.)*

*(1) DUQUE.*

**S** I ES DEL AMOR la música sustento,  
Seguid tocando, / hartadme de armonía.  
Que hastiado el dulce anhelo enferme y  
[muera.]

La estrofa repetid: / ¡murió tan dulce!  
Hirió mi oído como blanda brisa  
Que sopla sobre un campo de violetas,  
Robando y dando olor. / Cesad; no cantes:  
No suena ya tan dulce como antes.

21/11/08



*o lo que queráis*

*108-2160*

108 2160

Seminario Multidisciplinario  
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades  
UPR-RP



*108 2160*

21

*Curio + o  
Duque*

¡Tirano amor, cuán vivo y fresco eres!  
Pues aunque todo cabe en tu ancho seno,  
Como en el mar, en él nunca entra nada,  
Por esforzado y válido que sea,  
Que en precio y en valor no pierda al punto,  
Tan lleno está el amor de fantasía,  
Que él solo de fantástico se precia. ||

CURIO.

¿Queréis cazar, señor?

DUQUE.

¿Qué, Curio?

CURIO.

El ciervo

DUQUE.

[Tal hago, y al más noble de los míos.]  
¡Ay!, cuando a Olivia vi por vez primera,  
El aire con su aliento embalsamaba;  
En el instante aquel troquéme en ciervo;  
Y desde entonces como (alanos crudos)  
Me acosan mis deseos. *crueles perros*

*el D. e pme de  
rie.*

(Entra VALENTÍN.)

VALENTÍN.

Alteza, perdonad: no obtuve audiencia; /  
Mas dióme su doncella tal recado: //  
Durante siete soles, / ni aun su lumbre  
Verá su hechizo a cara descubierta; /  
Mas cual reclusa, con tupido velo, /  
Su estancia irá regando cada día  
Con llanto acerbo que los ojos hiere; /  
Y todo por amor de un muerto hermano,  
Cuyo recuerdo en su memoria triste  
Quisiera mantener vivo y constante. /  
La que alma tiene de tan firme temple,  
Que deuda tal de amor rinde a un hermano,  
¿Cuál no amaré, cuando áurea flecha acabe  
Con la legión de los demás afectos  
Que en ella viven; / cuando seso y alma,  
Aquellos altos tronos, ocupados  
Estén, y llenos sus hechizos todos  
De un solo rey supremo? // Preparadme

DUQUE.

De flores blando lecho: // sobre el césped  
Descansa amor cual bienvenido huésped.

(Vanse.)

ESCENA II

La orilla del mar.

(con truenos grandes)

(Entran VIOLA, un CAPITÁN y MARINEROS.)

VIOLA. ¿Qué tierra es ésta?

CAPITÁN.

Iliria, noble dama.

VIOLA.

¿Qué hiciera yo en Iliria? En los Elíseos  
Campos mi hermano está. Por dicha, acaso  
No se ahogó. <sup>Capitán</sup>Marinos, ¿qué os parece?

CAPITÁN.

Gran dicha fué salvaros vos, señora.

VIOLA.

¡Mi pobre hermano! Aun él salvarse pudo.

CAPITÁN.

Bien pudo; y si os consuela lo probable,  
Sabed que al estrellarse nuestra nao,  
Cuando ibais vos, con esta pobre chusma  
Que se salvó con vos, en nuestro bote,  
Vi a vuestro hermano, cauto en el peligro,  
Atarse a un recio palo que flotaba  
Sobre el airado mar, cuyo recurso  
Esperanza y valor le sugirieron;  
Y como Arión en el delfín montado,  
Le vi en amigo trato con las olas  
Mientras le pude ver.

VIOLA.

Por esa nueva,

Este oro toma. Que salvarse pudo,  
Mi propia salvación me lo demuestra,  
Y es tu discurso clara prueba de ello  
¿Conoces esta tierra?

CAPITÁN.

Bien, señora:

Apenas distará de aquí tres leguas  
El pueblo en que nací, y allí criéme.

VIOLA.

¿Quién manda aquí?

CAPITÁN.

Señora, un duque noble

De estirpe y corazón.

VIOLA.

¿Se llama?

CAPITÁN.

Orsino.

VIOLA.

Oí su nombre en boca de mi padre.

Y era soltero entonces.

CAPITÁN.

Tal aún sigue;

O lo era ha poco. Un mes hará que ausente  
Estoy de aquí. Se murmuraba entonces—

|| Y ya sabéis que charlan los pequeños  
|| De todo aquello que los grandes hacen—  
Que loco estaba por la bella Olivia.

VIOLA.

¿Y quién es ella?

CAPITÁN.

Es una virgen casta,

Hija de un conde, que murió ha un año,

Dejándola al cuidado de su hijo,

Hermano de ella, el cual también ha muerto;

Por cuyo amor se dice que ha <sup>renunciado</sup> abjurado

La sociedad y vista de los hombres.

VIOLA.

¡Pudiera yo servir a aquella dama,

Sin revelar mi condición al mundo

Hasta que sazonara por mí misma

La coyuntural

CAPITÁN.

Fuera, a fe, difícil

Hacer que os aceptase, pues no admite

Instancia alguna, ni aun del mismo Duque.

VIOLA.

Nobleza, capitán, en ti se advierte,

Y aun cuando la natura a veces cerca

Pútridos restos con hermosa tapia,

Me inclino a creer que tu alma corresponde

A tu exterior aspecto y noble trato.

Te ruego, y con largueza he de premiarte,

Que calles quien soy yo, y me procures

Algún disfraz que cuadre felizmente

Con mi intención. Servir al Duque quiero;

Tú me presentarás como un eunuco:

Paje

*De noble cuna y de nombre Cesarío.*

CAPITÁN.	Bien pudiera valerte tu trabajo, Pues sé cantar y puedo deleitarle Con clases mil de música diversa; Lo cual me recomienda a su servicio. En tanto, lo demás al tiempo dejo: Tú amolda tu silencio a mi consejo. Su eunuco sed; seré yo vuestro mudo; Si charlo, que me ciegue el hado	Este trau! las reliquias de mi ahogado hermano, procuran disfraz de
VIOLA.	Te lo agradezco, capitán. Sigamos. ( <i>Vanse.</i> )	crudo. nombre para mi

ESCENA III

*La casa de Olivia.*

(*Entran DON TOBIÁS REGÜELDO y MARÍA.*)

TOBIÁS.— ¿Qué diablos quiere decir mi sobrina con tomar tan a pecho la muerte de su hermano? Harto estoy de saber que el pesar consume la vida.

MARÍA.— A fe mía, don Tobías, es menester que os retiréis más temprano por la noche. Vuestra sobrina, mi señora, se queja seriamente de vuestras malas horas.

TOBIÁS.— Quéjese en buen hora, con tal que yo no la oiga.

MARÍA.— Sí, pero os estaría mejor no exceder los límites modestos de una vida ordenada.

TOBIÁS.— ¡Me estaría mejor! No he menester que nada me esté mejor: este gabán me está bastante bien para echar con él un trago, y también estas botas; y si no, que se cuelguen con sus propios lazos.

MARÍA.— Os arruinaréis con tanto beber y trincar. ~~Of a~~ *La*  
~~mi señora~~ quejarse de ello ayer; y de cierto caballero mentecato que trajisteis aquí una noche para que la cortejara.

TOBIÁS.— ¿Quién, don Andrés de Secorrostro?

MARÍA.— El mismo.

TOBIÁS.— Es uno de los mejores mozos de toda Iliria.

MARÍA.— ¿Qué hace eso al caso?

TOBIÁS.— ¡Cómol! Tiene sus tres mil ducados de renta al año.

MARÍA.— Pero, con esos tres mil ducados no tiene sino un año; es un majadero y un pródigo.

TOBIÁS.— ¡Callad! ¡Que digáis vos eso! Toca el violón y habla dos o tres lenguas, palabra por palabra, sin libro, y posee todos los dones naturales que pueden adornar a un hombre.

MARÍA.— A fe que sí; es decir, a un hombre estúpido, pues además de ser necio, es camorrista, y si no tuviese el don de la cobardía para calmar sus ímpetus belicosos, opinan los sabios que no tardaría en tener el don de una tumba.

TOBIÁS.— Por esta mano que son bellacos y embusteros los que tales calumnias le levantan. ¿Quiénes son?

MARÍA.— Los mismos que aseguran que se emborracha todas las noches en vuestra compañía.

TOBIÁS.— Cierto, bebiendo a la salud de mi sobrina beberé a su salud mientras tenga expedito el gznate y haya qué beber en Iliria. Cobarde y de baja estofa ha de ser el hombre que no quisiera beber a la salud de mi sobrina hasta que le girara el cerebro sobre un pie como un trompo. Calla, muchacha. ¡Castiliano vulgo!, que aquí viene el mismo don Andrés de Secorrostro. (Entra DON ANDRÉS DE SECORROSTRO.)

ANDRÉS.— ¡Don Tobías Regüeldo! ¿Qué tal, don Tobías Regüeldo?

TOBIÁS.— ¡Don Andrés de mis entrañas!

ANDRÉS.— Dios os guarde, linda sirena.

MARÍA.— Y a vos, hidalgo.

TOBIÁS.— ¡A ella, don Andrés, a ella!

ANDRÉS.— ¿Qué es eso?

TOBIÁS.— La doncella de mi sobrina.

ANDRÉS.— Buena mádama Aella, quisiera conoceros más de cerca.

MARÍA.— Me llamo María, hidalgo.

ANDRÉS.— Buena madama María Aella...

TOBIÁS.— No es eso, hidalgo: "a ella" quiere decir: háblala, búscala, requiébrala, empréndela con ella.

ANDRÉS.— A fe mía no quisiera emprender nada con ella en presencia de esta compañía. ¿Conque eso quiere decir "a ella"?

MARÍA.— Quedad con Dios, hidalgo.

TOBIÁS.— Como la dejéis ir así, don Andrés, quiera Dios que no vuelvas nunca a sacar tu tizona.

ANDRÉS.— Como os vayáis así, dueña mía, quiera Dios que no vuelva nunca a sacar mi <sup>espada</sup> tizona. Hermosa dama, ¿pensáis acaso que traéis a un necio entre manos?

MARÍA.— Yo no os tengo a vos por la mano.

ANDRÉS.— Pero me tendréis; aquí está mi mano.

MARÍA.— Pues bien, hidalgo, los pensamientos son libres: se me antoja que pudierais tener esta mano un rato en la bodega.

ANDRÉS.— ¿Por qué, hermosa? ¿Qué significa esa metáfora?

MARÍA.— Está un poco caliente.

ANDRÉS.— No soy tan bobo que no sepa tener las manos calientes. ¿Quién no se calentará a vuestro lado?

MARÍA.— Eso indica que tenéis el corazón frío...

ANDRÉS.— ¿El corazón frío?

MARÍA.— Y la mollera vacía. (Vase.)

TOBIÁS.— ¡Oh hidalgo mío!, has menester un trago de Canarias. Nunca te vi tan mohino.

ANDRÉS.— Nunca, como no fuera que me amohinara el Canarias. Se me antoja que algunas veces no tengo más ingenio que un cristiano, o que cualquier hijo de vecino: como mucha carne de vaca, y creo que eso me entorpece el ingenio.

TOBIÁS.— Sin duda.

ANDRÉS.— Si tal creyera, renegara de aquel manjar. Mañana, don Tobías, monto a caballo, y a casa.

TOBIÁS.— *Pourquoi*, querido hidalgo?

ANDRÉS.— ¿Qué es eso de *pourquoi*? ¿Hazlo o deja de hacerlo? Ojalá hubiese empleado en el estudio de las lenguas

el tiempo que he gastado en la esgrima, el baile y las riñas de osos. ¡Ay, yo hubiera debido dedicarme a las artes!

TOBÍAS.— ¡Ah!, entonces habrías tenido una hermosa cabellera.

ANDRÉS.— ¿Por qué? ¿Hubiera mejorado mi pelo con eso?

TOBÍAS.— Sin duda: ya ves que no se quiere rizar naturalmente.

ANDRÉS.— Sin embargo, me cae bien. ¿No es cierto?

TOBÍAS.— A las mil maravillas: como estopa en una rueca; y aún espero ver a un ama de casa tomarte entre las piernas e hilártelo.

ANDRÉS.— A fe que me vuelvo a mi casa mañana: vuestra sobrina no se deja ver, y aunque se dejara, apuesto diez contra uno que no me querrá. El Conde, vuestro vecino, la corteja en persona.

TOBÍAS.— No quiere tener nada que ver con el Conde, no quiere casarse fuera de su esfera, ni en cuanto a bienes, ni en cuanto a edad, ni en cuanto a discreción; se lo he oído jurar. ¡Ánimo!, que la cosa promete.

ANDRÉS.— Me quedaré un mes más. No hay hombre de más extraña condición que yo en el mundo: a veces me da por pasar el tiempo en <sup>espectáculos</sup> ~~farándulas~~ y en <sup>bailes</sup> ~~regocijos~~.

TOBÍAS.— ¡Hola! ¿Eres diestro en achaque de piruetas?

ANDRÉS.— No hay quien me gane a eso en toda Iliria, sea quien fuere, exceptuando siempre a mis superiores: tampoco quiero compararme con una persona de edad.

TOBÍAS.— ¿Hasta qué grado de perfección has llegado en las seguidillas, hidalgo?

ANDRÉS.— A fe, sé hacer una cabriola, y creo que doy el salto de gato tan bien como cualquiera en Iliria.

TOBÍAS.— ¿Y guardas ocultas tales dotes? ¿Cuelgas una cortina delante de esas gracias? ¿Temes acaso que se manchen de polvo? ¿Por qué no te vas a misa bailando unas seguidillas, y te vuelves a casa luciendo tu garbo en un bolero? Si yo fuera tú, mi paso constante sería una jota; no hiciera aguas siquiera sin ejecutar una zarabanda. ¿Estás en ti? ¿Es algún paraíso este mundo para que mantengas

ocultas tales virtudes? Ya me imaginé, al ver la excelente hechura de tu pierna, que fué formada bajo el influjo de un astro bailarín.

ANDRÉS.— Sí, es robusta, y no parece mal con una media color grana. ¿No armaremos nuestro pequeño jolgorio?

TOBIÁS.— ¿Pues no lo hemos de armar? ¿Nacimos bajo el signo de Tauro o no?

ANDRÉS.— ¿Tauro? Eso significa palos y mala vida.

TOBIÁS.— Nada de eso, amigo: significa saltos y brincos. ¡A ver, a ver cómo haces esas cabriolas! ¡Alza! ¡Más alto! ¡Ja, ja! ¡Magnífico! (*Vase.*)

#### ESCENA IV

*El palacio ducal.*

*(Entran VALENTÍN y VIOLA en traje de hombre.)*

VALENTÍN.— Si continúa el Duque dispensándoos tales favores, Cesario, no tardaréis en ascender: hace tres días que os conoce, y ya no os trata como a extraño.

VIOLA.— Debéis sospechar que pueda haber veleidad en él, o negligencia en mí, cuando ponéis en duda la duración de su afecto. ¿Es acaso inconstante en sus favores?

VALENTÍN.— No tal, os lo aseguro. *Duque*

VIOLA.— Gracias. Aquí viene el Conde *(Entran el DUQUE, CURIO y acompañamiento.)*

DUQUE. ¿Quién vió a Cesario?

VIOLA.

DUQUE.

*Curio*  
~~Vosotros~~ retiraos por breve rato. [Alteza.  
Cesario, nada ignoras: ya te he abierto  
Las más secretas páginas del alma;  
Por tanto, buen mancebo, a verla acude:  
No sufras detención: firme en su puerta,  
Di que echarán allí tus pies raíces  
Hasta obtener audiencia.

VIOLA.

Alteza, empero

Si está tan entregada a su tristeza,  
Cual dicen, nunca otorgárame entrada.

DUQUE.

Haz ruido, y falta a todo urbano trato  
Primero que volver sin la respuesta.

VIOLA.

Y aunque la llegue a hablar, señor, ¿qué

DUQUE.

Píntale mi pasión, mi amor ardiente: [logro]

Haz que mi fe constante la sorprenda.

Bien puedes tú pintarle mi honda cuita:

Tu tierna juventud podrá ablandarla

Mejor que nuncio de más grave aspecto.

VIOLA.

Lo dudo, Alteza.

DUQUE.

Créelo, amado joven.

Calumniará tu edad feliz quien diga

Que ya eres hombre. El labio de Diana

No es más suave y cárdeno; tu acento

Es como voz de niña, agudo y claro,

Y mujeriles son tus prendas todas.

Me consta que es tu estrella favorable

Al desempeño de misión tan tierna.

*(A su acompañamiento.)*

Háganle compañía cuatro o cinco,

O todos si queréis; estoy a solas

Mejor que acompañado. Y tú, prospera,

Y vivirás tan libre cual tu dueño

Y partirás con él fortuna y dicha.

VIOLA.

Cuanto pudiere haré por ablandarla.

*(Ap.)* (Corteje a quien quisiere, ¡oh suerte

[fiera!

¡Por ser su esposa yo la vida diera!)

*(Vase.)*

## ESCENA V

*La casa de Olivia.**(Entran MARÍA y el BUFÓN.)*

MARÍA.— Si no me dices dónde estuviste, no despegaré mis labios para disculparte, ni aun lo suficiente para que pueda pasar por ellos una ~~cerda~~ <sup>hembra</sup>: el ama te mandará ahorcar por tu ausencia.

BUFÓN.— Que me ahorque: quien fuere bien ahorcado en este mundo, no tiene que temer a enemigo alguno.

MARÍA.— ¿Se puede saber por qué?

BUFÓN.— Porque ya no le es posible ver a ninguno.

MARÍA.— La respuesta es ingenua. Yo te puedo decir de donde trae su origen ese dicho de no temer a enemigo alguno.

BUFÓN.— ¿De dónde, ilustre señora María?

MARÍA.— De las guerras; y así lo puedes afirmar entre tus demás bufonadas.

BUFÓN.— Pues talento le dé Dios al que no le hiciere falta, y válgale al necio su discreción.

MARÍA.— Con todo, no os libraréis de la horca por haber estado ausente tanto tiempo; o por lo menos, os pondrán en la calle, que es lo mismo que si os dejaran colgado.

BUFÓN.— Más vale ser bien ahorcado que mal casado; y en cuanto a ponerme en la calle, poco importa, mientras dure el verano.

MARÍA.— ¿Es decir, que estáis resuelto?

BUFÓN.— No precisamente resuelto, aunque lo estoy tocante a dos puntos.

MARÍA.— Para que si falta el uno te puedas acoger al otro; y si dan de sí ambos a la vez, se te caerán las bragas.

BUFÓN.— Bien dicho, a fe mía, muy bien dicho. En fin, vete con Dios; si don Tobías renunciase a la bebida, no habría en toda Iliria hija de Eva más discreta que tú.

MARÍA.— Calla, bribón; no me toques esta tecla. Aquí

viene mi señora. Harías bien en disculparte lo mejor que pudieras. (*Vase.*)

BUFÓN.— Ingenio mío, si te place, no me desampares en tan duro trance. Muchos sabios que creen poseerte, no pocas veces hacen papel de tontos; y yo, que sé con seguridad que no te tengo, podré pasar por sabio. Pues ¿qué dice Quinapalo? "Más vale ser bobo discreto que discreto bobo".

(*Entran OLIVIA y MALVOLIO.*)— Dios te guarde, señora.

OLIVIA.— Echad de aquí a este necio.

BUFÓN.— ¿No lo oís, bellaco? Echad de aquí a esta señora.

OLIVIA.— ¡Quita allá, bufón insípido! No te quiero ver; te vas volviendo deshonesto además.

BUFÓN.— Dos faltas, *madonna*, que se pueden enmendar con buen vino y buenos consejos; pues dad al bufón insípido vino sabroso y sabrá a néctar; mandad al deshonesto que se enmienda, y si lo hace, ya no es deshonesto; si no logra enmendarse, que le remiende un sastre. Cualquiera cosa compuesta y enmendada no es sino un remiendo: la virtud que peca, no es sino un remiendo de pecados; y el pecado que se enmienda no es sino un remiendo de virtudes. Si os basta este simple silogismo, bien; si no, ¿que le vamos a hacer? Y así como el único cornudo verdadero es la desdicha, así es la belleza una flor. La señora mandó que echasen al necio bufón; por eso repito que echen a la señora.

OLIVIA.— Mandé que os echasen a vos.

BUFÓN.— ¡Fué un error garrafal! Señora: *cuculus non facit monacum*; quiero decir, que mi seso no es tan abigarrado como mi sayo. Buena *madonna*, permitid que os demuestre vuestra necesidad.

OLIVIA.— ¿Podrás hacerlo?

BUFÓN.— Con la mayor sencillez, buena *madonna*.

OLIVIA.— Oigamos tu demostración.

BUFÓN.— Para ello es menester que os catequice, *madonna*. Contéstame, dechado de virtud.

OLIVIA.— Sea; a falta de otro pasatiempo, quiero some-

BUFÓN.— Buena *madonna*, ¿por qué lloráis?

OLIVIA.— Buen bufón, por la muerte de mi hermano.

BUFÓN.— Sospécheme que su alma está en los infiernos.

OLIVIA.— Yo sé que su alma está en la gloria.

BUFÓN.— Tanto mayor es vuestra necedad, *madonna*, si lloráis a un hermano cuya alma está en la gloria. Echad a esa necia, caballeros.

OLIVIA.— ¿Qué os parece este bufón, Malvolio? ¿No va siendo cada día mejor?

MALVOLIO.— Sí, señora, e irá siendo cada vez mejor, hasta que le sacudan las ansias de la muerte. La decrepitud que postra las facultades del cuerdo, aumenta la simpleza del necio.

BUFÓN.— ¡Dios os depare, hidalgo, una decrepitud precoz, para que aumente vuestra simpleza! Don Tobías no tendrá reparo alguno en jurar que no soy zorro; pero no apostará una blanca a que no sois necio.

OLIVIA.— ¿Qué contestáis a eso, Malvolio?

MALVOLIO.— Me asombra que guste vuesamerced de las gracias de un ~~bellaco~~ <sup>picaro</sup> tan insípido. Le vi sufrir un revolcón el otro día a manos de un bufón vulgar que no tiene más seso que una piedra. ¿No lo veis? Ya está desconcertado: si no os reís y no le dais pie para sus pullas, enmudece como un poste. Juro por mi honor que tengo a esos sabios que revientan de gozo oyendo a estos bufones privilegiados por algo menos que payasos de los mismos bufones.

OLIVIA.— ¡Oh!, el amor propio, Malvolio, os pudre la sangre y gustáis de todo con paladar estragado. El que es generoso, ingenuo y de índole franca, toma por saetillas estas cosas que vos juzgáis balas de cañón. El bufón privilegiado, aun cuando no haga otra cosa que mofarse de todo, no injuria jamás, como tampoco se mofa jamás el hombre de reconocida discreción, aun cuando no haga otra cosa que censurar.

BUFÓN.— ¡Válgate Mercurio por embustera, ya que hablas tan bien de los bufones! (*Entra MARÍA.*)

MARÍA.— Señora, acaba de llamar a la puerta un mancebo que os desea hablar.

OLIVIA.— ¿De parte del conde Orsino, acaso?

MARÍA.— Señora, no lo sé. Es un joven de buen porte y viene bien acompañado.

OLIVIA.— ¿Cuál de mis criados le detiene?

MARÍA.— Don Tobías, señora, vuestro deudo.

OLIVIA.— Haced que se retire, os ruego: no dice más que locuras. ¡Oh vergüenza! (*Vase MARÍA.*) Id vos, Malvolio, si es alguna pretensión del Conde, decid que estoy enferma o que he salido, o lo que se os antoje, a fin de que pueda evadirme de ella. (*Vase MALVOLIO.*) Ya veis, bufón, cómo se van poniendo rancios tus chistes; ya no gustan a nadie.

BUFÓN.— Has defendido la causa de los bufones, *madonna* como si debiera pertenecer a nuestro honrado gremio tu hijo primogénito, cuyo cráneo plegue a Júpiter atestar de sesos; pues aquí se acerca un pariente tuyo, cuyo caletre es débil en extremo. (*Entra DON TOBIÁS.*) *ingonio*

OLIVIA.— ¡Medio beodo, a fe mía! ¿Quién está en el portal, tío? *borracho*

TOBIÁS.— Un caballero.

OLIVIA.— ¿Un caballero? ¿Qué caballero?

TOBIÁS.— Cierta caballero... (*Eructa.*) ¡Malditos areques escabechados!... ¿Qué haces tú aquí, *zote? bobo*

BUFÓN.— ¡Don Tobías de mi vida!

OLIVIA.— Tío, tío, ¿cómo os halláis a estas horas de la mañana en tal estado de incuria?

TOBIÁS.— ¿Lujuria? Reniego de la lujuria. Hay un hombre en el zaguán.

OLIVIA.— Bien; ¿y quién es?

TOBIÁS.— El diablo, si le place; no se me da un comino podéis creerme. En fin, todo me es igual. (*Vase.*)

OLIVIA.— ¿A qué se asemeja un beodo, Bufón?

BUFÓN.— A un ahogado, a un necio y a un loco: un trago más de lo justo le convierte en necio, dos en loco y tres en ahogado.

OLIVIA.— Ve tú y llama al juez para que examine el

cadáver, pues está en el tercer grado de la embriaguez; está ahogado. Ve, y no le pierdas de vista.

BUFÓN.— Aún no está más que loco, *madonna*, y el bufón bien puede vigilar al loco. (*Vase.*) (*Entra MALVOLIO.*)

MALVOLIO.— Señora, ese mancebo jura que os ha de hablar. Le dije que estabais enferma; asegura que lo supo de antemano, y que por lo mismo os viene a hablar. Le dije que estabais dormida; parece que lo tuvo previsto también, y que por tanto os viene a hablar. ¿Qué le diremos? Está pertrechado contra cualquier evasiva.

OLIVIA.— Dile que no me hablará.

MALVOLIO.— Ya se lo he dicho; y asegura que se pondrá de plantón en vuestra puerta, a guisa de centinela o poste, hasta que le deis audiencia.

OLIVIA.— ¿Qué clase de hombre es?

MALVOLIO.— De una clase muy malcriada: está resuelto a hablar a vuesamerced, quiéralo o no.

OLIVIA.— ¿Qué aspecto y qué edad tiene?

MALVOLIO.— No es bastante viejo para ser hombre, ni bastante joven para ser muchacho: es como el agraz antes de ser uva, o como manzana en cierce; está como estancado entre los lindes de rapaz y hombre. Es bien parecido y muy redicho; parece como si aún se acordara de los mimos de su madre.

OLIVIA.— Que pase adelante. Llamad a mi doncella.

MALVOLIO.— Doncella, la señora os llama. (*Vase.*) (*Entra MARÍA.*)

OLIVIA.— Échame el manto y tápame la cara. Oigamos otra vez qué dice Orsino. (*Entran VIOLA y acompañamiento.*)

VIOLA.— ¿Cuál es la noble dueña de esta casa?

OLIVIA.— Habladme a mí, y os contestaré por ella. ¿Qué mandáis?

VIOLA.— Muy radiante, esclarecida y sin par hermosura... Decidme, os ruego, si es ésta la dueña de la casa, pues no la vi jamás. No quisiera pronunciar mi discurso en balde, pues además de estar magistralmente compuesto, me he tomado gran trabajo en aprenderlo de memoria. Hermosas

mías, no os burléis de mí, soy en extremo susceptible, el menor desaire me llega al alma.

OLIVIA.— ¿De dónde venís, hidalgo?

VIOLA.— Poco más podré decir de lo que he estudiado, y esa pregunta no está en mi papel. Prenda gentil, decidme de veras si sois vos la dueña de esta casa, para que pueda proseguir con mi discurso.

OLIVIA.— ¿Sois <sup>comediente</sup> ~~comico~~, acaso?

VIOLA.— No tal; alma silenciosa, y sin embargo, juro por todos los ardides de la malicia que no soy lo que represento ser. ¿Sois la dueña de la casa?

OLIVIA.— Si no me arrogó demasiado, lo soy.

VIOLA.— Ciertamente, si sois ella, os arrogáis demasiado, pues lo que es vuestro para otorgar, no es vuestro para retener. Pero esto no entra en mi comisión: proseguiré mi discurso en vuestro loor, y luego os comunicaré el grano de mi embajada.

OLIVIA.— Vengamos al grano; os perdono el loor.

VIOLA.— ¡Ay!, me costó tanto el aprenderlo, y es poético.

OLIVIA.— Por lo mismo será menos sincero: os ruego que lo guardéis para vos. Me han referido que os habéis propasado en mi umbral, y os he permitido la entrada más bien por el deseo de admiraros que por el de oíros. Si no carecéis de cordura, idos; si tenéis juicio, sed breve: no estoy de humor para perder el tiempo con tan frívolo coloquio.

MARÍA.— ¿Queréis haceros a la vela, hidalgo? Éste es vuestro rumbo.

VIOLA.— No, buen grumete; pienso navegar a palo seco por estos mares algún tiempo más. Desbravad a esa fiera, hermosa dama.

OLIVIA.— Manifestadme lo que os trae.

VIOLA.— Soy un humilde mensajero.

OLIVIA.— Terrible debe ser lo que me tenéis que comunicar cuando lo preludiáis con tales frases. Decid lo que tenéis que comunicarme.

VIOLA.— Es para vuestro oído no más. No traigo ninguna declaración de guerra, ni vengo a exigir tributo de home-

naje: llevo en mi mano el ramo de olivo; mis palabras están tan repletas de paz como preñadas de materia.

OLIVIA.— Sin embargo, empezasteis con rudeza. ¿Quién sois? ¿Qué queréis?

VIOLA.— De mi acogimiento aprendí la rudeza de que di prueba. Quién soy y qué quiero son cosas tan escondidas como el tesoro de la virginidad: para vuestros oídos, revelación: profanación para los demás.

OLIVIA.— Dejadnos solos; oiremos esa revelación. (*Vanse MARÍA y acompañamiento.*) Pues bien, hidalgo, ¿cuál es vuestro tema?

VIOLA.— Bellísima dama...

OLIVIA.— Doctrina consoladora, y muy discutible. ¿Dónde está vuestro tema?

VIOLA.— En el pecho de Orsino.

OLIVIA.— ¿En su pecho? ¿En qué capítulo de su pecho?

VIOLA.— Para contestar con método: en el primero de su corazón.

OLIVIA.— ¡Oh!, lo he leído; es herejía. ¿No tenéis nada más que decir?

VIOLA.— Dama gentil, dejad que os vea el rostro.

OLIVIA.— ¿Os encargó acaso vuestro amo que negociarais con mi rostro? Ahora os separáis del tema; pero descorremos la cortina, y os enseñaremos el cuadro. Mirad, hidalgo, tal soy a la hora presente.

VIOLA.— Divinamente hecha, a ser todo hechura de Dios.

OLIVIA.— Es color legitimo, a prueba de viento y lluvia.

VIOLA.  
Es beldad pura, cuyo rojo y blanco  
Mezcló con tierna mano hábil natura.  
Seréis la más cruel de las mujeres  
Si vais con tales gracias al sepulcro,  
Sin dejar en el mundo alguna copia.

OLIVIA.— ¡Oh!, hidalgo, no seré tan dura de corazón; haré publicar varias esquelas de mi hermosura; haré de ella un inventario, y cada trozo y partícula estarán rotulados en mi testamento; como por ejemplo: ítem, dos labios medianamente rojos; ítem más, dos ojos azules con sus párpados

correspondientes; ítem más, un cuello, una barba, etcétera, etcétera. ¿Os mandaron aquí para tasarme?

VIOLA. Os miro bien: sois por demás altiva;  
Mas aunque el diablo fueseis, fuerais bella.  
Mi amo y señor os quiere: tal afecto  
Sólo pudiera ser recompensado  
Si a vos, ¡oh noble Olivia!, os coronaran  
Reina sin parangón de la hermosura.

OLIVIA.

¿Qué, tanto me ama?

VIOLA.

~~Os idolatra: os quiere~~

~~Con lágrimas fecundas, con gemidos  
Que amor retruenan, con suspiros que arden.~~

OLIVIA.

~~Tu amo lo sabe bien: no puedo amarle.~~

~~Que es noble sé, me consta que es virtuoso,  
De grandes bienes, joven y sin tacha;  
Goza de buena fama y es letrado,  
De corazón valiente, de alma noble;  
Y en cuanto a talle y dones de natura,  
Hombre agraciado; mas no puedo amarle:  
Saberlo bien debiera ha mucho rato.~~

VIOLA.

Si yo os amara loco, cual mi dueño,  
Con tanta pena, con tan muerta vida,  
En ese no ningún sentido hallara;  
No lo entendiera nunca.

OLIVIA.

Pues ¿qué haríais?

VIOLA.

De mimbres una choza en vuestra puerta,  
De donde voces diera al alma dentro:  
De desdeñado amor escribiría  
Tierna y leal canción, que a voz en grito  
Cantara en el silencio de la noche.  
Con vuestro nombre retumbar haría  
Las cóncavas colinas, y al parlero,  
*Pájaro* Gárrulo confidente de los aires  
Gritar Olivia; y entre cielo y tierra  
Paz vuestro pecho en vano buscaría,  
Hasta que a compasión mi fe os moviese.  
Quizá lograrais mucho. ¿Vuestra estirpe?

OLIVIA.

VIOLA.

Es noble y superior a mi fortuna.  
Aunque ésta mala no es: soy caballero.

OLIVIA.

Al conde, pues, volved; no puedo amarle.  
Decid que más mensajes no me envíe,  
A no ser que volviereis vos a darme  
Cuenta de la impresión que le produzca.  
Gracias por todo os doy. Tomad, os ruego;  
Gastadlo a mi salud.

VIOLA.

Guardad la bolsa,  
Señora, no soy nuncio asalariado:  
No yo, mi dueño ha menester mercedes.  
Convierta amor en duro risco el alma  
Del hombre en quien pusiereis vuestro afecto,  
Y cual mi dueño recibáis, en pago  
De fe, desdén. Adiós, cruel belleza. (*Vase.*)

OLIVIA.

Me dijo, al preguntarle por su estirpe:  
"Es noble y superior a mi fortuna,  
Aunque ésta mala no es; soy caballero".  
Oso jurar que lo eres. Sí, tu lengua,  
Tu rostro, tus modales, talle y brío  
Publican cinco veces tu hidalguía.  
Obremos con medida. ¡Paso... paso!  
¡Fuera el criado el amo al menos! ¡Cómo!  
¿Tan contagiosa es la amorosa plaga?  
Páreceme que siento los hechizos  
De aquel mancebo introducirse a hurto  
Y sin ser vistos en mis ojos. Sea.  
¡Hola, Malvolio!

(*Entra MALVOLIO.*)

MALVOLIO.

¿Qué mandáis, señora?

OLIVIA.

Id, alcanzad a aquel impertinente  
Mozo del conde. Aquí dejó este anillo,  
Quiera o no quiera. Di que no lo acepto;  
Y que se guarde de adular a su amo;  
Y de alentarle infiel con esperanzas:

Suya jamás seré. Si acaso el joven  
Mañana por aquí volver quisiera,  
Diréle la razón en que me apoyo.  
Corre, Malvolio, vuela.

MALVOLIO.

Voy, señora. (*Vase.*)

OLIVIA.

A fe, no sé qué me hago; mas sospecho  
Que el ojo me soborna incauto el pecho.  
Hado, dispón: vencerte nadie crea;  
Lo que ha de ser será; pues eso sea. (*Vase.*)

## ACTO SEGUNDO

### ESCENA PRIMERA

*La orilla del mar.*

*(Entran ANTONIO y SEBASTIÁN.)*

ANTONIO.— ¿No queréis quedaros más tiempo, ni queréis que os acompañe?

SEBASTIÁN.— No quisiera, y perdonadme. Mi estrella arroja tétricos rayos sobre mí: la malevolencia de mi sino pudiera tal vez destemplan el vuestro; por lo tanto, os he de rogar que consintáis que cargue solo con mis males; fuera pagar mal vuestra amistad echar sobre vuestros hombros parte alguna de ellos.

ANTONIO.— Sepa yo al menos a dónde os dirigís.

SEBASTIÁN.— Perdonadme, hidalgo. El viaje que he resuelto emprender no es más que un loco <sup>capricho</sup> devaneo. Pero advierto en vos cierto rasgo sobresaliente de pudor: no queréis obligarme a revelar lo que callar deseo; lo cual es más bien parte a obligarme, como bien criado, a ser franco e ingenuo con vos. Sabed, pues, Antonio, que mi nombre es Sebastián, que yo troqué por el de Rodrigo. Mi padre fué aquel Sebastián de Mesalina, del cual sé que tenéis noticia. Dejó al morir a mí y una hermana, nacidos ambos en una misma hora. ¡Pluguiera al cielo que acabáramos de igual manera! Pero vos lo evitasteis; pues una hora o cosa así antes de que me recogieseis en la playa se ahogó mi hermana.

ANTONIO.— ¡Oh, triste día!

SEBASTIÁN.— Una doncella, hidalgo, la cual, aunque se parecía a mí, según decían, era de muchos reputada por

## NOCHE DE REYES

BUFÓN.— Sí, puse a buen recaudo tu propineja; pues la nariz de Malvolio no es vara de látigo. Mi ama tiene la mano blanca, y los Mirmidones no son bodegones.

ANDRÉS.— Soberbio! Al fin y al cabo no hay diversión como ésta. Ahora una canción.

TOBIAS.— Venga. Ahí tienes un medio chelín. Cántanos una canción.

ANDRÉS.— Ahí va otro. Si un caballero da un...

BUFÓN.— ¿Qué queréis? ¿Una canción de amor, o una canción de vida ejemplar?

TOBIAS.— Una canción de amor, una canción de amor.

ANDRÉS.— Sí, sí: no me importa un comino la vida ejemplar.

BUFÓN. *(Canta.) ¿Dónde vas, mi bien, errante,  
Lejos de tu fiel amante?*

*Ven y escucha mi canción.  
No te apartes, vida mía,  
Que de amor en la porfía  
Triunfa el firme corazón.*

ANDRÉS.

¡Soberbia a fe mía!

TOBIAS.

¡Bravo, bravo!

BUFÓN.

*(Canta.) ¿Qué es amor? No un bien futuro:  
Lo presente está seguro,  
Incierto lo porvenir.*

*Dame un beso, por tu vida;  
Mira que la edad florida  
Poco se tarda en morir.*

ANDRÉS.— ¡Meliflua voz, a fe de caballero!

TOBIAS.— Persuasivo aliento!

ANDRÉS.— ¡Persuasivo y dulcísimo, a fe!

TOBIAS.— Si se le oye por la nariz, empacha de puro dulce. Pero ¿sois de parecer que hagamos bailar al mismísimo firmamento? ¿Queréis que despertemos a la lechuza con una jácara capaz de alegrarle las pajarillas a un muerto?

ANDRÉS.— ¡Con alma y vida! Soy el diablo en persona cantando una jácara. Cantemos aquello de:

*Gran picaro...*

BUFÓN.

¿Qué? ¿Aquello de:

*Calla, calla, gran pícaro?*

Me veré precisado a llamarte pícaro, hidalgo.

ANDRÉS.— No es la primera vez que he obligado a más de uno a hacerlo. Empieza, Bufón, empieza:

*Calla, calla...*

BUFÓN.— ¿Cómo he de empezar, si me mandáis que calle?

ANDRÉS.— ¡Bien contestado, a fel! Vamos, empieza. (*Canta una jácara.*) (*Entra MARÍA.*)

MARÍA.— ¿Qué cencerrada es esta que estáis armando aquí? Si no ha llamado mi señora a su mayordomo Malvolio para que os ponga a todos en la calle, pierda yo fama de honrada.

TOBIÁS.— La señora es una <sup>*catana*</sup> camastrona, nosotros somos ~~hijos del dios Baco~~, y Malvolio es un <sup>*espantapájaros*</sup> ~~tunante~~, y <sup>*políticos*</sup> (*Canta.*) *Somos uno, dos y tres, Bravos mozos como ves.*

¿No soy pariente suyo? ¿No soy de su misma sangre? ¡~~Ole con ole, madama!~~

(*Canta.*) *Hubo en Babilonia un hombre... Tralalalalá.*

BUFÓN.— ¡Pese a mi castal! ¡Bravo humor tiene don Tobías esta noche!

ANDRÉS.— No lo hace mal cuando está de humor; ni yo tampoco: él lo hace con mejor gracia, pero yo lo hago con más naturalidad.

TOBIÁS. (*Canta.*) *De diciembre el día doce...*

MARÍA.— ¡Callad, por Dios! (*Entra MALVOLIO.*)

MALVOLIO.— ¿Estáis locos, caballeros, o qué os pasa? ¿A tal punto carecéis de seso, crianza y honestidad, que armáis tal escándalo a estas horas de la noche? ¿Queréis convertir la casa de mi señora en un <sup>*taberna*</sup> ~~figón~~, graznando esas coplas de arriero con tan despiadadas voces? ¿Así faltáis al respeto debido al lugar, a las personas y a la hora? ¿Qué significa esta conducta descompasada?

TOBIÁS.— No hay tal, que guardamos el compás en nuestra jácara. ¡Vete al ~~cuerno~~ <sup>*infierno!*</sup>

MALVOLIO.— Don Tobías, menester es que os hable claro. Mi ama me mandó deciros que, aunque os alberga en su casa como a deudo suyo, ningún parentesco la liga con vuestros desórdenes. Si podéis romper con vuestra mala conducta, seréis el bien venido en su casa; en caso contrario, y si tuvieseis a bien despediros de ella, está pronta a deciros adiós.

TOBIÁS. (Canta.)  
Adiós, que parta ~~es~~ fuerza, prenda mía...

MARÍA. ¡Don Tobías, por Dios!

BUFÓN. (Canta.)  
Cercana muerte anuncia su mirada...

MALVOLIO. ¿No acabaréis?

TOBIÁS. (Canta.) Jamás he de acabar...

MALVOLIO. ¡Gran presunción es ésa!

TOBIÁS. (Canta.) ¿Le mando que se largue?

BUFÓN. (Canta.) Hacedlo, aunque le amargue.

TOBIÁS. (Canta.)

¿Le mando qué se largue al majadero?

BUFÓN. (Canta.)

No, no, no, no; que no lo osáis injerir.

TOBIÁS.— ¿Fuera de compás, bellaco? Mentís. ¿Eres acaso algo más que un mayordomo? ¿Crees tú que, porque eres virtuoso, se acabaron ya en el mundo las tortas y el vino?

BUFÓN.— No a fe, por Santa Ana; ni dejará por eso el jengibre de arder en la boca.

TOBIÁS.— Tienes razón. Anda, ve, y límpiate la cadena<sup>1</sup> con migas de pan. Tráete un <sup>jarro</sup> azumbre de vino, María.

MALVOLIO.— Señora María, si apreciáis en lo más mínimo el favor del ama, no daréis <sup>sustento</sup> pábulo a esta vida desordenada. Ella lo ha de saber todo; lo juro por esta mano. (Vase.)

MARÍA.— Anda, ve y trina. *rebuzna*.

ANDRÉS.— Fuera tan bueno como beber teniendo uno

<sup>1</sup> Alusión a la cadena que llevaban al cuello los mayordomos como insignia de su función.

hambre, desafiarme al campo, faltar a la cita y darle un chasco.

TOBIAS.— Hazlo, hidalgo. Yo te escribiré el cartel de desafío; o le comunicaré verbalmente tu indignación.

MARÍA.— Querido don Tobías, sosegaos por esta noche; está muy intranquila mi señora desde que estuvo con ella hoy el mancebo del conde. En cuanto a Monsieur Malvolio, dejadlo de mi cuenta. Si no logro engañarle y convertirle en fábula y objeto de burla universal decid que no tengo habilidad suficiente para tenderme a la larga. No desconfío de poder lograrlo.

TOBIAS.— Expílicate, expílicate. Cuéntanos algo de él.

MARÍA.— Le da a veces por ser <sup>puritano</sup> beato.

ANDRÉS.— ¡Ah!, si creyera yo eso, le zurrara como a un perro.

TOBIAS.— ¿Por qué? ¿Por <sup>puritano</sup> beato? Sepamos tu bien meditada razón, hidalgo.

ANDRÉS.— No tengo razón alguna bien meditada; pero tengo razón de sobra.

MARÍA.— ¡Qué diablos ha de ser <sup>puritano</sup> beato, ni cosa alguna a la larga más que un adulador servil que muda de casaca según el viento que sopla! Es un jumento afectado, que ha aprendido de memoria cuatro cumplidos ceremoniosos que repite a troche y moche; no hay hombre más satisfecho de sí mismo; tan lleno de perfecciones se cree, que tiene por artículo de fe que cuantos le miran se prendan de él. Este vicio suyo ofrece a mi venganza ancho campo en que obrar.

TOBIAS.— ¿Qué piensas hacer?

MARÍA.— Pienso extraviar de intento en su camino intrincadas epístolas de amor; en las cuales, por el color de su barba, la hechura de su pierna, su modo de andar, la expresión de sus ojos y su frente y la color de su tez, se verá retratado al vivo. Imito perfectamente la letra de mi ama, vuestra sobrina; cuando nos viene a las manos un escrito que trata de asuntos olvidados, apenas podemos distinguir nuestras letras.

TOBIAS.— ¡Magnífico! Me va oliendo a <sup>haya</sup> ~~chamusquina~~ <sup>pelea</sup>.

ANDRÉS. — También me va dando a mí en la nariz.

TOBIÁS. — Se figurará que las cartas que tú extraviarás proceden de mi sobrina, y que ella está enamorada de él.

MARÍA. — No es otro mi propósito.

ANDRÉS. — Harásle hacer papel de asno insigne.

MARÍA. — Insigne asno, es cierto.

ANDRÉS. — ¡Oh, será admirable!

MARÍA. — ¡Excelente broma, os aseguro! Sé que mi poción le hará efecto. Os colocaré en acecho a los dos, y el Bufón hará el tercero, a la vista del lugar en que habrá de encontrar la carta: observad bien la interpretación que le diere. Por esta noche idos a la cama, y soñad con nuestra estratagema.

Adiós. (*Vase.*)

TOBIÁS. — Buenas noches, Pentesilea.

ANDRÉS. — En mi ánima, que es brava moza.

TOBIÁS. — Es una alhaja, y me adora, por más señas.

¿Y eso qué?

ANDRÉS. — También yo fui adorado en otro tiempo.

TOBIÁS. — Vamos a dormir, hidalgo. Tienes que mandar por más dinero.

ANDRÉS. — Si no logro a vuestra sobrina, me saldrá mal la cuenta.

TOBIÁS. — Manda por dinero, hidalgo. Si no la logras, al fin, di tú que soy un calandria.

ANDRÉS. — Si no la logro, no contéis más conmigo; tomadlo como gustéis.

TOBIÁS. — Vamos, vamos. Voy a mezclar una <sup>jarra</sup> azumbre de <sup>Sangría</sup> aloque. Es tarde ya para acostarse. Vamos, hidalgo; vamos hidalgo. (*Vanse.*)

#### ESCENA IV

*El palacio ducal.*

(*Entran el DUQUE, VIOLA, CURIO y otros.*)

DUQUE.

Música quiero. Amigos, buenos días.  
Canta, Cesario, aquella trova sólo,

El canto antiguo aquel que anoche oímos;  
 Mi pena consoló más que las huecas  
 Letrillas y conceptos rebuscados  
 De esta fugaz edad vertiginosa.  
 Vamos, sólo una copla, buen Cesario.

CURIO.— Perdonad, Alteza, no está aquí quien debiera cantarla.

DUQUE.— ¿Quién fué?

CURIO.— Feste, el juglar, Alteza: un bufón de quien gustaba en extremo el padre de la señora Olivia. No debe estar lejos.

DUQUE. Buscadle vos; y en tanto <sup>tocad la música</sup> el aire toquen.

(Vase CURIO. Suena una música.)

Oye, rapaz. Si alguna vez amaras,  
 Tenme presente en tu tormento dulce;  
 Pues cual yo soy, son los amantes todos:  
 En todo caprichosos y volubles,  
 Salvo en honrar del ser amado  
 La imagen fiel. ¿Te place la armonía?  
 Despierta un eco dulce en el paraje  
 Do amor su trono ocupa.

VIOLA.

DUQUE.

A fe, bien dicho.  
 La vida apuesto a que, aunque joven, tiernos  
 Ojos pusiste en algún rostro amado.  
 ¿No es cierto, rapaz?

VIOLA.

DUQUE.

VIOLA.

DUQUE.

VIOLA.

DUQUE.

Algo hay de eso, Alteza.  
 ¿Qué tal es ella?  
 Vuestro garbo tiene.  
 Pues digna no es de ti. ¿Qué edad? Sepamos  
 De vuestra edad.

Vieja es, ¡vive el cielo!  
 Elija siempre la mujer al hombre  
 Mayor que sí; se adapta de esa suerte  
 Mejor a sus costumbres, y en su pecho  
 Dura constante y firme su dominio.

Créeme, rapaz, por más que nos jactemos,  
Nuestras pasiones son más vacilantes,  
Más locas, van y vienen más volubles  
Que las de la mujer.

VIOLA.  
DUQUE.

Señor, tal creo.  
Más joven, pues, que tú tu amada sea,  
O en vano tratarás de amarla firme:  
Que es rosa la mujer: apenas nace  
Su flor hermosa, cuando mustia yace.

VIOLA.

Tal es a fe. ¡Desventurada suerte!  
¡En su mayor primor hallar la muerte!

*(Entran CURIO y el BUFÓN.)*

DUQUE.

Ven, mozo, y canta la canción de aneche.  
Cesario, escucha: antigua es y sencilla;  
Suelen cantarla al sol las hilanderas,  
Y las que el hilo con agujas tejen:  
Es simple a fe; de la inocencia trata  
Del dulce amor, como en la edad antigua.

BUFÓN.  
DUQUE.

¿Puedo cantar, señor?

Canta, te ruego.

*(Música.)*

BUFÓN.

*(Canta.) Ven a mi, ven a mi, cruda muerte;  
De cipreses mi tumba cercad.*

*Huye, aliento, que es fuerza perderte,  
Ya que en ella no encuentro piedad.*

*Preparad mi sepultura*

*Yerta y fría:*

*No hubo nunca fe tan pura*

*Cual la mía.*

*Ni una flor, ni una flor candorosa  
Engalane mi negro ataúd;*

*Ni un amigo, ni un alma piadosa  
Pulse triste en mi huesa el laúd.*

*Cerradla y borrad su huella;  
Nunca errante  
Acuda a llorar en ella  
Fiel amante.*

DUQUE.— Toma por tu trabajo.

BUFÓN.— No es trabajo alguno, señor; es un placer para mí el cantar.

DUQUE.— Pues te pagaré tu placer.

BUFÓN.— Ciertó, señor, que el placer siempre se hace pagar más temprano o más tarde.

DUQUE.— Te pido ahora que te despidas.

BUFÓN.— Que el dios de la melancolía te proteja, y haga el sastre tu jubón de tafetán tornasolado, pues tu genio es un verdadero ópalo. Los hombres de tu constancia debieran ser marinos; de esa suerte podrían traficar con todo, y mudar de rumbo con el viento; pues no hay como viajar sin rumbo para ir lejos. Dios os guarde. (*Vase.*)

DUQUE. Dejados solos.

(*Retiranse CURIO y los demás.*)

Otra vez, Cesario,  
Llégate a ver a aquella hermosa ingrata: /  
Di que mi amor, (más noble que este mundo,  
No busca cantidad de sucias tierras; /  
Dile que cuantos bienes la fortuna  
Sobre ella derramó, / tengo en tan poco  
Como tuve siempre la suerte tornadiza. //  
Es el portento con que natura  
La engalanó lo que me roba el alma. /  
¿Y si no puede amaros?

VIOLA.

DUQUE.

Yo no admito

Respuesta tal.

VIOLA.

Forzoso es admitirla.  
Imaginaos que hubiese alguna dama  
(Y tal vez la haya) que os amara loca  
Con tanta cuita como vos a Olivia;

DUQUE. Vos la decís que no podéis amarla:  
 ¿No es fuerza que ella admita la respuesta?  
 No, no hay mujer en cuyo pecho lata  
 Con tanta fuerza amor como en el mío://  
 No, no hay mujer en cuyo pecho quepa  
 Tanta pasión; les falta retentiva: /  
 Amor sujeto a hastío y repugnancia  
 No es verdadero amor, / es apetito  
 Que el paladar, no el corazón, engendra. /  
 Pero mi amor es como el mar hambriento; /  
 Y no digiere menos. / No compares —  
 Amor que una mujer tenerme pueda  
 Con el que a Olivia tengo.

VIOLA.

Sin embargo.

Sé bien...

DUQUE.

¿Qué sabes?

VIOLA.

Cuánto amor en calma

Puede encerrar de la mujer el alma.  
 Su fe no es menos firme que la nuestra.  
 Mi padre una hija tuvo, quien a un hombre  
 Amaba, como a vos, Alteza, acaso  
 Amara yo, si fuera de otro sexo.

DUQUE.

¿Cuál fué su historia?

VIOLA.

Una hoja en blanco,  
 No reveló jamás su amor; callada, [Alteza.  
 Dejó que el dolor marchitase crudo,  
 Como gusano que el capullo roe,  
 Las rosas de sus cándidas mejillas.  
 Fuése acabando ensimismada y triste;  
 Y en negra, amarillenta pesadumbre  
 Sentada, la Resignación parecía.  
 Sobre un sepulcro, que al dolor sonríe.  
 ¿No era esto amor? Diremos más los hombres,  
 Y juraremos más; pero es lo cierto  
 Que exceden las palabras a las obras.  
 A creer en votos, fuéramos gigantes;  
 Y somos en amar ¡cuán inconstantes!

DUQUE. ¿Murió tu hermana de ese amor, Cesario?  
 VIOLA. De mi paterna estirpe ya no queda  
 Hija ni hermano más que yo; no obstante,  
 Lo ignoro, Alteza. ¿Iréme a ver a Olivia?  
 DUQUE. Sí; eso es lo que importa. Corre a verla,  
 Dale esta joya, y di que mi tormento  
 No admite excusa ya ni aplazamiento.

(*Vanse.*)

## ESCENA V

*El jardín de Olivia.*

(*Entran DON TOBIÁS, DON ANDRÉS y FABIO.*)

TOBIÁS.— Ven acá, señor Fabio.

FABIO.— Ya voy, no os apuréis. Antes que perder un átomo de esta diversión, dejárame hervir hasta la muerte en melancolía.

TOBIÁS.— ¿No te diera gusto ver a ese ruin bellaco, a ese fullero, burlado y avergonzado?

FABIO.— Fuera un triunfo para mí, amigo. Ya sabéis que me indispuso con la señora, con motivo de una riña de osos.

TOBIÁS.— Pues para que rabie, tendremos otra riña de osos; y le pondremos de sandio y majadero que no habrá por donde cogerle. ¿No es cierto, don Andrés?

ANDRÉS.— Si no lo hiciésemos, lástima fuera de nuestras vidas.

TOBIÁS.— Aquí viene la picarilla. (*Entra MARÍA.*) ¿Que tal, lucerito del alba?

MARÍA.— Escondeos los tres detrás de los bojes: Malvolio viene por esta calle. Se ha estado media hora al sol haciendo reverencias a su propia sombra. Observadle bien, por amor de la burla; pues sé que esta carta le trasformará en un idiota contemplativo. ¡Silencio, en nombre del dios Momol

(Los hombres se ocultan.) Queda tú ahí (Echa una carta en el suelo.); pues aquí se acerca la trucha que hemos de pescar con cosquillas. (Vase.) (Entra MALVOLIO.)

MALVOLIO.— No es más que suerte; todo es suerte. Me dijo una vez María que me tenía afición; y yo mismo he oído de sus propios labios que, si alguna vez llegase a enamorarse, sería de un hombre de mi apostura. Por otra parte, me trata con muchísimo más respeto que a otro cualquiera de su servidumbre. ¿Qué debo pensar de esto?

TOBIÁS.— ¡Habrás visto pícaro presuntuoso!

FABIO.— ¡Silencio! La cavilación le va convirtiendo en pavo real engreído. ¡Cómo se infla bajo sus erizadas plumas!

ANDRÉS.— ¡Por vida, qué brava zurra le diera!

TOBIÁS.— ¡Silencio; digol!

MALVOLIO.— ¡Ser todo un conde Malvoliol!

TOBIÁS.— ¡Ah pícaro!

ANDRÉS.— ¡Un tiro, pégale un tiro!

TOBIÁS.— ¡Silencio, silencio!

MALVOLIO.— Se dan casos: la camarera mayor se casó con un palafranero.

ANDRÉS.— ¡Bribón desvergonzado!

FABIO.— ¡Silencio, por Dios! Ved como le hincha y ensimisma el amor propio.

MALVOLIO.— A los tres meses de estar casado con ella, sentado bajo mi dosel...

TOBIÁS.— ¡Quién tuviera un canuto para darle con un hueso de guinda en un ojo!

MALVOLIO.— Llamo a los criados que me rodean, envuelto en mi bata de terciopelo recamado: acabo de levantarme del estrado en que dejé a Olivia durmiendo...

TOBIÁS.— ¡Fuego y azufre!

FABIO.— ¡Silencio, silencio!

MALVOLIO.— Luego, después de girar la vista en derredor con gravedad, como diciéndoles: sé cuál es mi puesto, y no olvidéis vosotros cuál es el vuestro, pregunto por mi deudo Tobías...

TOBIÁS.— ¡Voto al diablo!

*paciente*

FABIO.— ¡Silencio, silencio, por Dios! ¡Calma!

MALVOLIO.— Siete de mis criados, con un brinco de solícita obediencia, se lanzan en su busca; yo, entre tanto, frunzo el entrecejo, o doy cuerda a mi reloj, o juego con algún dije precioso. Entra Tobías y me hace una gran reverencia...

TOBIÁS.— ¿Y aún hemos de dejarle con vida?

FABIO.— Callad, por favor.

MALVOLIO.— Le alargó la mano así, dominando mi sonrisa familiar con una mirada austera de censura...

TOBIÁS.— ¿Y no te limpia entonces Tobías el hocico de un revés?

MALVOLIO.— Diciendo: "Tío Tobías, mi destino, que me ha traído a brazos de vuestra sobrina, me autoriza para deciros..."

TOBIÁS.— ¿Qué? Oigamos.

MALVOLIO.— "Que os curéis del vicio de la embriaguez."

TOBIÁS.— ~~¡Belitre!~~ *¡Bastardo!*

FABIO.— ¡Paciencial, o daremos en tierra con nuestra treta.

MALVOLIO.— "Además, derrocháis lastimosamente las horas preciosas con un hidalgo ~~majadero~~ *tonto*..."

ANDRÉS.— Ése soy yo, tenedlo por seguro.

MALVOLIO.— "Un tal don Andrés..."

ANDRÉS.— Bien sabía que era yo, pues no falta quien me llame ~~majadero~~ *tonto*.

MALVOLIO.— ¿Qué es esto? (*Recogiendo la carta.*)

FABIO.— La ~~chócha~~ *el papete* se va acercando a la trampa.

TOBIÁS.— ¡Silencio, por Dios!, y que el genio de la burla le sugiera el leer en voz alta.

MALVOLIO.— ¡Por vida mía, que ésta es letra de mi señora! Son sus mismas ces, y sus úes, y sus tes; y así hace las pes mayúsculas. Es, sin duda alguna, su letra.

ANDRÉS.— ¿Sus ces, sus úes, sus tes? ¿A qué viene eso?

MALVOLIO.— (*Lee.*) "Al amado desconocido, con mis mejores deseos". ¡Sus mismas palabras! Con tu permiso, lacre. ¡Calma! Y el sello es la Lucrecia con que acostumbra

sellar. Es de mi señora, no cabe duda. ¿A quién irá dirigido?

FABIO.— Esto le rinde en cuerpo y alma.

MALVOLIO. *(Lee.) Los dioses bien saben  
Que adoro: ¿y a quién?  
Callemos, que es fuerza  
Que oculte mi bien.*

“¿Que oculte mi bien?” ¿Qué sigue? ¡Cambia de metrol  
“¿Que oculte mi bien?” ¡Si lo dijera por ti, Malvoliol

TOBIÁS.— ¡Que te emplumen por neciol

MALVOLIO. *(Lee.) Puedo mandar en quien adoro;  
Rudo el silencio, con oculta herida, [empero  
Hiere mi pecho cual traidor acero:  
M, O, A, I, es dueño de mi vida.*

FABIO.— ¡Brava adivinanza!

TOBIÁS.— ¡Moza ingeniosa, a fe!

MALVOLIO.— “M, O, A, I, es dueño de mi vida”. Pero primero veamos, veamos, veamos.

FABIO.— Buen cebo le ha tendido.

TOBIÁS.— Y con qué alas se tira a él el gaznápiro.

MALVOLIO.— “Puedo mandar en quien adoro”. Ciertamente, puede mandar en mí: yo la sirvo; es mi señora. A fe que esto lo alcanza a comprender cualquier inteligencia medianamente despejada; lo que es esta parte no ofrece dificultad alguna. Veamos la conclusión... ¿Qué significará esta combinación alfabética? Si yo pudiese hallar alguna relación entre estos signos y alguna condición mía... Vamos despacio: M, O, A, I,...

TOBIÁS.— Eso es: a ver si lo aciertas. Ha perdido la pista.

FABIO.— Sin embargo, el galgo no renuncia a la caza.

MALVOLIO.— M... Malvolio, M... pues, así empieza mi nombre.

FABIO.— ¿No dije que acertaría la adivinanza? Tiene buen olfato este gozque.

MALVOLIO.— M... pero luego no hay correspondencia en lo que sigue; debería seguir una A, y no una O.

FABIO.— Y acabará en ¡Oh!, según espero.

TOBIÁS.— Sí tal, o yo le pegaré hasta que chille: ¡Oh!

MALVOLIO.— Luego, sigue una I: esta alusión no está tan clara como la anterior; y, sin embargo, si la forzara un poco, no dudo que se acomodaría a mi persona; pues todas estas letras figuran en mi nombre. ¡Poco a poco! Aquí viene una parrafada de prosa. (*Lee.*) "Si esta carta cayere en tus manos, medita. En cuanto a destino, soy superior a ti, pero no te arredré la grandeza. Unos nacen grandes, otros alcanzan grandeza, y a otros la grandeza se les echa encima. Tu destino te abre los brazos, échate en ellos con arrojo y brío; y para irte acostumbrando a la suerte que probablemente te espera, despójate de esa capa de humildad que te encubre y muéstrate otro. Sé caprichoso con cierto deudo, áspero con los criados; resuenen en tus labios argumentos de peso; haya singularidad en tu comportamiento, así te lo aconseja la que por ti suspira. Acuérdate de quién fué la que alabó tus medias amarillas, y manifestó el deseo de verte llevar siempre las ligas cruzadas: te digo que te acuerdes. Tienes hecha tu suerte; no falta más que cogerla; si no te atreves, véate yo mayordomo siempre, compañero de lacayos, e indigno de tocar la mano de la fortuna. Adiós. La que quisiera trocar oficios contigo,

LA FELIZ DESDICHADA

Está más claro que la luz del día; aquí no cabe duda. Seré orgulloso, leeré autores políticos, haré la contra a don Tobías, abandonaré todas mis relaciones ordinarias, seré la misma perfección. En esto no me burlo de mí mismo, dejándome alucinar por la fantasía; pues todo tiende a indicar que mi senora me quiere. En efecto, no ha mucho celebró mis medias amarillas, y alabó mis ligas cruzadas; con lo cual se brinda a mi amor, y con cierta alusión sutil me obliga a vestir las galas que son de su gusto. Gracias a mi estrella soy venturoso. Seré singular, orgulloso, gastaré medias amarillas, y me cruzaré las ligas sin más tardanza que la que fuere menester para ponérmelas. ¡Loados sean!

los dioses y mi estrella! Hay todavía una posdata. (*Lee.*)  
 "No puedes menos de adivinar quién soy. Si correspondes a mi amor, manifiéstalo sonriéndote: tus sonrisas te sientan bien; por lo tanto, te ruego, bien mío, que no dejes de sonreír en mi presencia". ¡Loado seas, oh Júpiter! Me sonreiré; haré todo cuanto me pidieres. (*Vase.*)

FABIO.— No cedería mi parte de esta burla por la mejor pensión que me pudiera señalar el gran Sofí. *turco*

TOBIÁS.— Sería capaz de casarme con esa moza sólo por haber tramado esta treta.

ANDRÉS.— Y yo también.

TOBIÁS.— Y no pidiera con ella otro dote que una burla como ésta.

ANDRÉS.— Ni yo tampoco.

FABIO.— Aquí viene nuestra gran cazadora de calandrias. (*Entra MARÍA.*)

TOBIÁS.— ¿Quieres ponerme el pie en la nuca?

ANDRÉS.— Y en la mía también.

TOBIÁS.— ¿Quieres que juegue mi libertad a una partida de damas y me convierta en humilde esclavo tuyo?

ANDRÉS.— A fe; y yo también.

TOBIÁS.— Le has sumido en un sueño tal, que por fuerza se ha de volver loco cuando vea desvanecerse la visión.

MARÍA.— Vamos, decidme la verdad: ¿le hace efecto?

TOBIÁS.— Lo mismo que a una comadrona un trago de aguardiente.

MARÍA.— Pues si queréis ver luego el fruto de esta burla, notad su primera entrevista con mi ama: se presentará a ella con medias amarillas, color que abomina, y con las ligas cruzadas, moda que ella detesta; y se sonreirá al mirarla, lo cual se avendrá tan mal con la disposición de su ánimo, entregada como lo está a la melancolía, que no podrá menos de rebajarle notablemente en su opinión. Si queréis verlo, seguidme.

TOBIÁS.— Hasta las puertas del Tártaro, ingeniosa diablilla.

ANDRÉS.— Yo seré también de la partida. (*Vanse.*)

## ACTO TERCERO

### ESCENA PRIMERA

*El jardín de Olivia.*

*(Entran VIOLA y el BUFÓN con un tamboril.)*

VIOLA.— Dios te guarde, Bufón, a ti y tu música. ¿Vives tocando el tamboril?

BUFÓN.— No, vivo tocando a la iglesia.

VIOLA.— ¿Eres sacristán?

BUFÓN.— Nada de eso, hidalgo: vivo tocando a la iglesia, porque vivo en mi casa, y mi casa está arrimada a la iglesia.

VIOLA.— De esa suerte podrías decir que el rey duerme al lado de una mendiga, si viviese una mendiga al lado de él: o que tu tamboril es arrimo de la iglesia, si estuviese tu tamboril arrimado a la iglesia.

BUFÓN.— Decís bien, hidalgo. ¡En qué siglo vivimos! Una sentencia es como un guante de cabritilla para un ingenio discreto. ¡Con qué presteza logran volverla del revés!

VIOLA.— Cierto es, a fe; los que juegan diestramente con las palabras, pronto las vuelven livianas.

BUFÓN.— Por eso quisiera que no le hubieran puesto nombre a mi hermana.

VIOLA.— ¿Por qué, amigo?

BUFÓN.— Porque su nombre, hidalgo, es una palabra, y temo que el jugar con esa palabra pudiera volver liviana a mi hermana. Pero es lo cierto que las palabras son verdaderas pícaras desde que las deshonraron escrituras.

VIOLA.— ¿Por qué razón?

M

BUFÓN.— A fe, hidalgo, no os podré dar razón alguna, si no es de palabra; y las palabras han llegado a ser tan falsas, que no me atrevo a fundar razón alguna en ellas.

VIOLA.— Apuesto la cabeza que eres mozo alegre y no te preocupas por nada.

BUFÓN.— No tal, hidalgo, me preocupo por algo; pero en mi ánimo que no me preocupo por vos; si eso fuera no preocuparse por nada, quisiera que fuera parte a hacerlos invisible.

VIOLA.— ¿No eres el bufón de la señora Olivia?

BUFÓN.— No, a fe; la señora Olivia no gusta de bufonadas, ni mantendrá bufón alguno mientras no se case; y tanto va de un bufón a un marido como de una sardina a un arenque: el marido es el mayor de los dos. En verdad no soy su bufón, sino su corruptor de palabras.

VIOLA.— Te vi no ha mucho en la corte del conde Orsino.

BUFÓN.— La locura, hidalgo, se pasea por todo el orbe como el sol: brilla en todas partes. Lástima me diera de que el bufón no estuviera tan a menudo con vuestro amo como con mi ama. Se me antoja que vi a vuestra sabiduría allí mismo.

VIOLA.— Si piensas convertirme en blanco de tus pullas, hemos acabado. Toma por el gasto que has hecho.

BUFÓN.— Ruego a Júpiter que la próxima vez que le sobre pelo te conceda una barba.

VIOLA.— A fe mía te juro que casi muero por una. (Ap.) Aunque no quisiera que me saliese en la cara. ¿Está en casa tu ama?

BUFÓN.— (Señalando la moneda que tiene en la mano.) ¿No darían fruto un par de éstos?

VIOLA.— Ciertamente, teniéndolos juntos y administrándolos bien.

BUFÓN.— De buena gana haría el papel del seor Pándaro de Frigia, hidalgo, para traer una Crésida a este Troilo.

VIOLA.— Ya os entiendo; tenéis buen modo de pedir.

BUFÓN.— La merced no será gran cosa, creo, pidiendo a

una pordiosera. Crésida fué una pordiosera. Mi ama está dentro, hidalgo. Le notificaré de donde venís. Quién sois y qué queréis, son cosas que están fuera de mi esfera, mejor diría de mi "elemento"; pero la palabra está muy gastada. (Vase.)

VIOLA.

Le sobra seso para hacer el bobo.

Y algún ingenio ha menester si quiere  
 Hacer bien su papel: que observe es fuerza  
 De aquéllos el humor a quien da broma,  
 Su rango y clase; que oportuno sea,  
 Y como el gerifalte se abalance  
 A cualquier pluma que su vista hiera.  
 Y es éste tan difícil ejercicio  
 Como cualquiera a que se entrega el sabio:  
 Pues el bufón discreto nos distrae;  
 Y el sabio que da en necio en loco cae.

(Entran DON TOBIAS y DON ANDRÉS.)

TOBIAS.— Dios os guarde, caballero.

VIOLA.— Y a vos, hidalgo.

ANDRÉS.— *Dieu vous garde, Monsieur.*

VIOLA.— *Et vous aussi; votre serviteur.*

ANDRÉS.— Así lo espero; y yo lo soy vuestro.

TOBIAS.— Queréis honrar nuestra casa? Mi sobrina desea que paséis adelante, si es que traéis algún recado para ella.

VIOLA.— Es merced que me otorga. Ella es el límite de mi viaje.

TOBIAS.— Probad vuestras piernas, hidalgo; ponedlas en movimiento.

VIOLA.— Mis piernas me comprenden mejor que yo lo que queréis decir con mandar que pruebe mis piernas.

TOBIAS.— Quiero decir que andéis, hidalgo, que entréis.

VIOLA.— Os contestaré andando y entrando. Pero no me dejen. (Entran OLIVIA y MARÍA.) Muy noble y hechicera dama, lluevan los cielos perfumes sobre vos.

ANDRÉS.— Este joven es gran cortesano. "Llover perfumes". ¡Bonito!

VIOLA.— Mi recado no tiene voz, señora, sino para vuestros solícitos y condescendientes oídos.

ANDRÉS.— "Perfumes, solícitos y condescendientes". Al punto me los he de aprender de memoria.

OLIVIA.— Que cierren las puertas del jardín, y dejad que le preste oído. (*Vanse DON TOBIAS, DON ANDRÉS y MARÍA.*)  
Dadme la mano, hidalgo.

VIOLA. Humilde a vuestras órdenes me postro.

OLIVIA. ¿Cómo os llamáis?

VIOLA. Cesario tiene nombre,  
Princesa encantadora, vuestro siervo.

OLIVIA. ¿Mi siervo, hidalgo? Nunca hubo alegría  
En este mundo desde que en dar nombre  
De cumplimiento a la lisonja dieron.

VIOLA. Criado sois del conde Orsino, joven.  
Y él vuestro, y vuestro debe ser el suyo.  
De vuestro siervo el siervo es siervo vuestro.

OLIVIA. No pienso en él, os juro: más quisiera  
Que fuera una hoja en blanco su memoria,  
Que verla en mis recuerdos ocupada.

VIOLA. Vengo a avivar, señora, en favor suyo  
Vuestra memoria tierna.

OLIVIA. Perdonadme.  
Os dije que jamás en mi presencia  
Volvierais a nombrarle. Pero, en cambio,  
Si otra merced tuvierais que pedirme,  
Vuestra solicitud escucharía  
Mejor que de los ángeles el canto.

VIOLA. Señora...

OLIVIA. Permitid, os ruego.  
Después que tal encanto ha poco obrasteis  
Aquí, mandé tras vos una sortija,  
Haciendo tal agravio a mi persona,  
A mi criado, y aun a vos, me temo.  
Me expongo a vuestras duras conjeturas,  
Pues quise con astucia ignominiosa  
Daros por fuerza aquello que sabíais

Que no era vuestro. ¡Qué habréis pensado!  
 ¡Mi honor habréis en blanco convertido,  
 Disparando sobre él cuantas injurias  
 Pudo inventar un corazón tirano!  
 Para un ingenio como el vuestro vivo  
 Bastante dije. ¡Ay, un ciprés, no un pecho,  
 Mi corazón oculta! Hablad ahora.  
 Lástima os tengo.

VIOLA.

OLIVIA.

VIOLA.

OLIVIA.

Hay de eso a amar un paso.  
 No tal, ni medio. La experiencia enseña  
 Que nos infunden lástima a menudo  
 Los propios enemigos.

Pues entonces,  
 Es hora ya de sonreír de nuevo.  
 ¡Cuán dado, oh mundo, es al orgullo el  
 Si es fuerza presa ser, ¡cuánto mejor [pobre!  
 Encontrarse con el león que con el lobo!

*(Se oye dar la hora en un reloj.)*

Me riñe porque el tiempo en vano gasto.  
 Nada temáis, buen joven; yo no os quiero.  
 No obstante, cuando lleguen a su agosto  
 Ingenio y juventud, vuestra consorte  
 Un hombre logrará de nobles prendas.  
 A Poniente derecho vuestro rumbo  
 Va por allí.

VIOLA.

OLIVIA.

VIOLA.

OLIVIA.

VIOLA.

Pues a Poniente entonces.  
 Salud y alegre humor os acompañen.  
 ¿Y no hay recado alguno para el amo?  
 Espera un poco, y dime, te lo ruego:  
 De mí ¿qué piensas?

Que pensáis, señora,  
 Que no sois lo que sois.

Pienso de vos lo mismo.

Pues no soy lo que soy.

Pues si eso pienso,

Y bien pensado:

FABIO.— Es fuerza manifestéis vuestra razón, don Andrés.

ANDRÉS.— Es el caso que vi a vuestra sobrina hacer tales favores al criado del conde como no me los dispensó a mí jamás; lo vi todo en el jardín.

TOBIAS.— Pero ¿te vió a ti al mismo tiempo, compañero? Contéstame.

ANDRÉS.— Tan claro como os veo a vos ahora.

FABIO.— Pues os dió con ello una prueba grande de su amor.

ANDRÉS.— ¡Vive Dios!, ¿os queréis divertir conmigo?

FABIO.— Os lo probaré en toda regla, hidalgo, bajo el juramento del criterio y la razón.

TOBIAS.— Y éstos fueron siempre grandes jurados desde antes que Noé diera en hacerse marino.

FABIO.— Se mostró afable con el mancebo delante de vuestros propios ojos sólo con el objeto de exasperaros, de despertar vuestro valor de lirón, de llenaros el corazón de fuego y el hígado de azufre. Hubierais debido acercaros a ella en aquel instante, y con algunos chistes agudísimos y flamantes de puro recién acuñados, hundir en mutismo al mancebo. Esto es lo que ella aguardaba de vos, y esto es lo que vos no supisteis hacer. Dejasteis que el tiempo borrara el doble dorado de esta feliz ocasión, y ahora habéis ido a parar a los mares del Norte de la estimación de mi ama, en donde os quedaréis colgado como un témpano de la barba de un holandés, si no remediáis vuestra torpeza haciendo algún laudable esfuerzo de valor o de política.

ANDRÉS.— En siendo de algún modo, habrá de ser con valor, pues detesto la política; más quisiera ser puritano que político.

TOBIAS.— Pues entonces edifica tu fortuna sobre la base del valor. Desafía al mancebo del conde y sácale a reñir; hiérele en once partes; mi sobrina lo tendrá en cuenta; y ten por seguro que no hay corredor de amor que pueda recomendar con más eficacia a un hombre a las mujeres que la fama de valiente.

FABIO.— No os queda otro camino, don Andrés.

ANDRÉS.— ¿Se prestará cualquiera de vosotros a llevarle un cartel de desafío?

TOBIÁS.— Ve, escríbelo en letra marcial; sé áspero y breve. Poco importa que sea chistoso o no, con tal que sea elocuente y rebose discreción. Búrlate de él con toda la licencia que te concede la tinta; no estará de más que le tutees media docena de veces; y pon en tu carta cuantas mentiras quepan en el papel, aunque fuere tan grande como una sábana. Ve, y pon manos a la obra. Cuida de que haya bastante hiel en tu tinta, y aunque escribas con pluma de ganso, no importa. Manos a la obra.

ANDRÉS.— ¿Dónde os hallaré?

TOBIÁS.— Te iremos a llamar a tu cubículo. Ve. (Vase DON ANDRÉS.)

FABIO.— Caro os debe ser este hombrecillo, don Tobías.

TOBIÁS.— También yo le soy caro, muchacho: de un par de miles, o cosa así, no bajan.

FABIO.— Brava carta recibiremos de él; pero no la entregareis.

TOBIÁS.— ¡Y tanto que la entregaré! Tratad vos por vuestra parte de aguijar al mancebo a que le conteste. Pero me parece que ni una yunta de bueyes podría juntarlos. En cuanto a Andrés, si se le abriera y hallareis en su hígado siquiera una gota de sangre lo bastante para entorpecer la pata de una pulga, me comprometo a comerme lo restante del cadáver.

FABIO.— Y el rostro de su adversario, el mancebo, no presagia tampoco gran valentía. (Entra MARÍA.)

TOBIÁS.— Mirad donde viene la picarilla.

MARÍA.— Si tenéis hipocondría, y queréis desternillaros de risa, seguidme. El chorlito de Malvolio se ha convertido en pagano, en un verdadero renegado; pues es imposible que ningún cristiano que espere salvarse por la verdadera creencia, crea en semejante cúmulo de despropósitos. Lleva medias amarillas.

TOBIÁS.— ¿Y las ligas cruzadas?

MARÍA.— Si tal, está hecho un espantajo: tiene traza de

dómine pedante. Le he acechado como un asesino. Cumple al pie de la letra la carta que extravié para engañarle. A fuerza de sonreírse ostenta más líneas en su cara que tiene el nuevo mapa con el aumento de las Indias. No os podéis figurar qué ridículo está. Apenas me pude contener de tirarle algo a la cabeza. Sé que mi señora le dará de bofetadas, y si tal hace, se sonreirá, y lo tendrá a gran merced.

TOBIÁS.— Ven, llévanos, llévanos adonde esté. (*Vanse.*)

### ESCENA III

*Una calle.*

(*Entran* SEBASTIÁN y ANTONIO.)

SEBASTIÁN. No os quise ser molesto ni gravoso;  
Mas ya que halláis placer en molestaros,  
No os reconvengo más.

ANTONIO. Me fué imposible  
Quedarme atrás: me puso espuelas mi ansia,  
Aun más aguda que afilado acero.  
Mas no movióme afán de veros sólo  
(Aunque hartó tuve para haber seguido  
Mayor jornada), sino en parte angustia  
Por saber cómo os iba en vuestro viaje  
Por esta para vos ignota tierra,  
Ruda tal vez, no siempre hospitalaria  
Para el extraño que por vez primera  
La pisa sin amigos y sin guía.  
Solícito mi amor, con el recelo  
De estos peligros aguijado, al punto  
Me hizo salir tras vos.

SEBASTIÁN. Mi buen Antonio,  
No puedo contestaros sino gracias,  
Gracias y siempre gracias. A menudo  
Tal pago logran las mejores obras.  
Mas si tan firme fuera mi fortuna

Cual mi intención, más justo premio os diera.  
¿Qué haremos? ¿Visitar los monumentos  
De esta ciudad?

ANTONIO. Mañana. Por ahora

Conviene más buscar alojamiento.

SEBASTIÁN. No estoy cansado, y rato hay a la noche.

Os ruego que saciemos nuestros ojos  
Con los recuerdos y notables cosas  
Que esta ciudad encierra.

ANTONIO. Perdonadme:

No sin peligro voy por estas calles.  
Presté en naval combate cierto día  
Servicios tales contra las galeras  
Del Conde, que si preso aquí cayese,  
Difícilmente respondiera de ellos.

SEBASTIÁN. ¿Quizá mataste a mucha gente suya?

ANTONIO.

De índole tan sangrienta no es mi ofensa;  
Aunque fué tal la riña, y en tal tiempo,  
Que muertos pudo haber por ambas partes.  
Hubiera sido fácil arreglarlo

Con devolver las presas que cogimos,  
Cual por amor del tráfico más tarde  
Hizo en su mayor parte nuestra gente.

Yo sólo no cedí; por cuya causa,  
Si aquí me ven podrá costarme caro.

SEBASTIÁN. Entonces no os mostréis tan sin rebozo.

ANTONIO.

Fuera imprudente a fe. Tomad mi bolsa:

“El Elefante” es la mejor posada  
Del arrabal del Sur: allí estaremos.

Mientras burláis el tiempo apacentando  
Vuestros conocimientos con la vista,

Encargaré que apronten la comida.

Allí me encontraréis.

SEBASTIÁN.

ANTONIO.

¿Y a qué la bolsa?  
Pudierais reparar en algún ~~diye~~ *interior*  
Que quisierais comprar, y vuestra hacienda  
No está, me temo, para ociosas compras.

vieran reconcentrados en breve espacio, y estuviera poseído de la misma legión, no obstante le hablaré.

FABIO.— Aquí está, aquí está. ¿Cómo os sentís, hidalgo? ¿Qué tal os va?

MALVOLIO.— Alejaos; os despido; dejadme disfrutar de la soledad. Alejaos.

MARÍA.— ¿No oís con qué voz tan hueca habla dentro de él el enemigo? ¿No os lo dije? Don Tobías, mi señora os ruega que miréis por él.

MALVOLIO.— ¡Hola, hola! ¿Conque eso quiere?

TOBIÁS.— ¡Silencio! ¡Silencio! Es menester que le tratemos con dulzura. Dejadme a mí. ¿Qué tal, Malvolio? ¿Cómo os sentís? Vamos, hombre, no os rindáis; resistid al demonio; considerad que es enemigo del género humano.

MALVOLIO.— ¿Sabéis lo que decís?

MARÍA.— ¡Mirad, mirad cuán a pecho lo toma cuando se habla del demonio! ¡Dios quiera que no le hayan hechizado!

FABIO.— Llevad su orina a casa de la curandera.

MARÍA.— A fe mía que se la he de llevar mañana en cuanto amanezca, si vivo. Mi señora no quisiera que se le desgraciara por todo el oro de las Indias.

MALVOLIO.— ¿De veras, señora?

MARÍA.— ¡Dios mío!

TOBIÁS.— Calla, por favor. Esto no se hace así. ¿No veis que le estáis enojando? Dejadme a solas con él.

FABIO.— ¡Con dulzura!, ¡con dulzura! Mucha calma. El diablo es díscolo, y no se deja tratar con rudeza.

TOBIÁS.— ¿Que tal, buen mozo? ¿Cómo te va, pichón?

MALVOLIO.— ¡Caballero!

TOBIÁS.— Ven acá, pimpollo. Vamos, hombre. No es digno de un hombre formal jugar a la gallina ciega con Satanás. ¡Fuera con ese inmundo carbonero!

MARÍA.— Haced que rece, don Tobías, haced que rece una oración.

MALVOLIO.— ¿Una oración, fregona?

MARÍA.— ¿No lo ves? ¿No os lo dije? Reniega de la divinidad.

MALVOLIO.— ¡Idos todos al diablo! Sois unos seres abyectos y mentecatos; no pertenezco a vuestra esfera. Luego sabréis algo más. (*Vase.*)

TOBIAS.— ¿Será posible?

FABIO.— Si se representara esto en un teatro, lo tendría acaso por una ficción inverosímil.

TOBIAS.— Nuestra estratagema le tiene sorbido el seso.

MARÍA.— Seguidle ahora, no sea que le dé el aire a nuestro ardid y se evapore.

FABIO.— De esta hecha le volveremos loco de veras.

MARÍA.— Más tranquila estará la casa.

TOBIAS.— Venid; le encerraremos atado en un aposento obscuro. Mi sobrina está ya en la convicción de que está loco; podremos seguir con la broma, para diversión nuestra y escarmiento suyo, hasta que nuestro mismo pasatiempo, cansado y sin aliento, nos mueva a apiadarnos de él; y a ti, muchacha, te expediremos patente de reconocedora de locos. Pero ¡mirad!, ¡mirad! (*Entra DON ANDRÉS.*) *carnaval!*

FABIO.— Más materia para un día de carnevolendas.

ANDRÉS.— Aquí tenéis el cartel de desafío; leedlo: yo respondo de que tiene sal y pimienta.

FABIO.— ¿Tan picante es?

ANDRÉS.— Ya lo creo: respondo de ello. Leed, leed.

TOBIAS.— Dame. (*Lee.*) "Mancebo, seas lo que fueres, no eres sino un bellaco".

FABIO.— ¡Bien! ¡Muy valientel

TOBIAS.— (*Lee.*) "No te asombres ni te admires en tu imaginación de que te ponga tal mote, pues no te daré razón alguna para ello."

FABIO.— Buena cláusula. Así os ponéis a salvo de la garra de la ley.

TOBIAS.— (*Lee.*) "Visitas a la señora Olivia, y delante de mí te trata con halago. Pero mientes por la gorja; aunque no es ésta la razón por que te desafío."

FABIO.— Así: conciso y derecho.

TOBIAS.— (*Lee.*) "Te acecharé cuando vuelvas a tu casa, y si tienes la suerte de matarme..."

FABIO.— ¡Bien!

TOBIAS.— (*Lee.*) "Me matarás a traición y villanamente."

FABIO.— Siempre os mantenéis a barlovento de la ley; ¡bien!

TOBIAS.— (*Lee.*) "Dios te guarde, y que él se apiade de una de nuestras dos almas. Podrá ser que se apiade de la mía; pero mi esperanza es más risueña, y por tanto, vive alerta. Tu amigo, según y conforme le tratares, y tu enemigo jurado,

ANDRÉS DE SECORROSTRO."

Si no le mueve esta carta, no le moverán sus piernas. Yo se la entregaré.

MARÍA.— Buena ocasión se os presenta. Está ahora platicando con mi ama, y no tardará en marcharse.

TOBIAS.— Ve, don Andrés, y acéchale como un alguacil a la vuelta del jardín. En cuanto le veas, desenvaina, y al desenvainar, <sup>mal dice</sup> reniega horriblemente; pues un <sup>grito</sup> ~~voto~~ redondo echado a tiempo y con acento de matón, suele dar a un hombre más fama de valiente que le diera nunca la mayor prueba de bravura.

ANDRÉS.— Lo que es a <sup>maldecir</sup> renegar no me ganará nadie. (*Vase.*)

TOBIAS.— Me guardaré bien de entregar esta carta, pues el comportamiento del mancebo revela que es discreto y bien criado: el oficio que desempeña entre su amo y mi sobrina lo demuestra claramente; por lo tanto, esta carta no podrá infundir, por lo absurda que es, miedo alguno en el mozo, que verá que procede de un <sup>mal</sup> zote. En cambio, le comunicaré su reto por palabra; diré maravillas de la bravura de Secorrostro; y haré formar al caballero, cuya juventud e inexperiencia fácilmente se dejarán engañar, una opinión atroz del coraje, de la destreza, furia y denuedo del otro. Esto producirá en ambos tal miedo, que se darán mutuamente la muerte con sus miradas, como basiliscos. (*Entran OLIVIA y VIOLA.*)

FABIO.— Aquí viene con vuestra sobrina. Dejadles pasar hasta que se despida, y luego id al punto tras él.

TOBIAS.— Discurriré entre tanto algún terrorífico exordio para el reto.

(*Vanse DON TOBIAS, FABIO y MARÍA.*)

OLIVIA.

Bastante dije a un corazón de piedra,  
E incauta por demás mi honor expuse.  
Hay algo en mí que tal error reprende;  
Pero es error tan terco y poderoso  
Que de la débil reprehensión se burla.  
Cual la pasión en vos, así en el alma  
De mi señor la pena estragos hace.

VIOLA.

OLIVIA.

Llevad por mí esta joya: es mi retrato;  
No lo rehuséis, no os cansará con charlas.  
Os ruego que volváis mañana a verme.  
¿Qué me podréis pedir que yo os negare,  
No siendo de mi honor en menoscabo?

VIOLA.

OLIVIA.

Esto no más: vuestra alma para el conde.  
¿Cómo con honra puedo darle aquello  
Que ya os he dado a vos?

VIOLA.

OLIVIA.

Vuelve mañana. Adiós. Yo os dejo libre.  
¡Demonio tierno!  
¡Contigo fuera alegre al mismo infierno!

(*Vase.*)

(*Entran DON TOBIAS y FABIO.*)

TOBIAS.— Dios te guarde, hidalgo.

VIOLA.— Y a vos, caballero.

TOBIAS.— Ten a mano las armas que llevares contigo:  
no sé de qué índole son las ofensas que le has hecho; pero  
tu acechador, lleno de coraje, sangriento como el cazador,  
te aguarda a la vuelta del jardín. ¡Saca tu acero! ¡Armate  
de brío!, pues tu contrincante es ágil, diestro y mortal.

VIOLA.— Os engañáis, hidalgo: estoy seguro que nadie  
piensa en reñir conmigo. No conservo en mi memoria  
imagen ni recuerdo de agravio inferido a hombre alguno.

TOBIAS.— Os desengañaréis en breve, os lo aseguro. Conque, si es que estimáis en algo vuestra vida, poneos en guardia, pues vuestro adversario tiene de su parte cuantas ventajas puedan dar a un hombre juventud, fuerza, destreza y coraje.

VIOLA.— Por favor, hidalgo, decidme quién es.

TOBIAS.— Es un caballero armado con espada sin mella, y en campo alfombrado; pero un verdadero demonio en achaque de desafíos: ha divorciado ya a tres cuerpos de sus almas, y su cólera es tan implacable en este instante que no admitirá otra satisfacción que muerte y sepultura. ¡Zis, zas!; tal es su consigna: donde las dan las toman.

VIOLA.— Volveré a entrar en la casa y pediré auxilio a la señora. Yo no soy camorrista. He oído hablar de ciertos hombres que se entretienen en trabar de intento pendencias con otros, a fin de probar su valor: me temo que éste sea uno de aquéllos.

TOBIAS.— No, señor: su enojo procede de una injuria grave; conque id allá y satisfaced su deseo. Lo que es a la casa no habéis de volver, a menos que queráis emprender conmigo lo que con no menos seguridad pudierais ajustar con él: conque vamos allá, o desnudad de pomo a punta vuestra espada; pues es cosa resuelta que tenéis que reñir o renunciar a ceñir acero.

X — VIOLA.— El lance es tan descortés como extraño. O ruego que me hagáis la merced de informaros de ese caballero en qué le he podido ofender: sin duda habrá sido por inadvertencia, no de intento.

TOBIAS.— Quiero compláceros en eso. Señor Fabio, quedaos con el hidalgo hasta que yo vuelva. (Vase.)

VIOLA.— Decidme, hidalgo: ¿tenéis alguna noticia de esta pendencia?

FABIO.— Sé que ese caballero está enfurecido con vos hasta el extremo de hacerlo cuestión de vida o muerte; pero ignoro las demás circunstancias.

VIOLA.— Y decidme: ¿qué clase de hombre es?

FABIO.— A juzgar por su exterior, no parece ni con mucho

tan formidable como le hallaréis, sin duda, al poner a prueba su valentía. Es, en verdad, el más diestro, sangriento y fatal adversario que hubierais podido encontrar en toda Iliria. ¿Queréis ir a su encuentro? Os ayudaré a hacer las amistades con él, si puedo.

VIOLA.— Os lo agradeceré en el alma. Por mi parte, estoy más a gusto entre letrados que entre soldados; y no me importa que me tachen de prudente. (*Vanse.*) (*Entran DON TOBIÁS y DON ANDRÉS.*)

TOBIÁS.— Hombre, te digo que es el mismísimo demonio: no vi en mi vida tan diestro espadachín. Le di un pase con la espada en la vaina; y tira cada estocada, y con tan mortal intención, que no hay quien la evite. Al parar, os devuelve el golpe con más seguridad que tocan vuestros pies el suelo que pisan. Dicen que ha sido maestro de esgrima del Gran Turco.

ANDRÉS.— ¡Pese a mi castal! No me meteré yo con él.

TOBIÁS.— Sí; pero es el caso que no se deja apaciguar: Fabio apenas puede sujetarle allá abajo.

ANDRÉS.— ¡Voto va! A haber sabido que era tan valiente y tan diestro esgrimidor, dejara que cargara el demonio con él antes que retarle. Haced de modo que dé la riña por conclusa, y le regalaré mi caballo tordo Capuleto.

TOBIÁS.— Le haré la proposición. Quedaos ahí, y haced semblante de valiente: esto acabará sin perdición de almas. (*Ap.*) (A fe, a fe, que le pondré la silla a tu caballo tan bien como a ti la albarda.) (*Entran FABIO y VIOLA.*) (*A FABIO.*) Ya me da su caballo por arreglar la pendencia. Le he hecho creer que el mancebo es un demonio.

FABIO.— No tiene éste menos aprensión del otro, y tiembla y palidece como si tuviera un oso a los talones.

TOBIÁS.— (*A VIOLA.*) No hay remedio, hidalgo; quiere reñir con vos sólo porque lo ha jurado. Aunque en lo que toca a la pendencia con vos, lo ha pensado mejor, y dice que la cosa no vale la pena de que se hable de ello. Conque, desenvainad para que no falte a su juramento. Asegura que no os hará daño.

VIOLA.— (*Ap.*) (¡Dios me proteja! La menor cosa bastará para que les dijera lo que me falta para ser hombre.)

FABIO.— Cejad, si veis que se pone furioso.

TOBIÁS.— Vamos, don Andrés, no hay remedio: por la negra honrilla se empeña el caballero en dar un pase con vos: las leyes del duelo se lo imponen; pero me ha prometido, a fe de caballero y de soldado, que no os hará daño. ¡Vamos! ¡En guardia!

ANDRÉS. Dios quiera que cumpla su palabra.

VIOLA. Sucede a mi pesar, os lo aseguro.

(*Sacan las espadas. Entra ANTONIO.*)

ANTONIO. Guardad la espada. Si este joven hizo Ofensa alguna, yo respondo de ella.

Si le ofendisteis, yo por él os reto.

TOBIÁS. ¿Vos, hidalgo? ¿Y quién sois vos?

ANTONIO. Un hombre que osa hacer por sus amigos Lo que su lengua por modestia calla.

TOBIÁS. Si sois camorrista, soy con vos.

*Prendiendo*  
(*Sacan las espadas.*)

FABIO.— ¡Teneos, buen don Tobías! Aquí viene la justicia.

TOBIÁS.— (*A ANTONIO.*) Nos veremos después.

VIOLA.— (*A DON ANDRÉS.*) Os ruego, hidalgo, que envainéis ese acero, si os place.

ANDRÉS.— A fe mía, hidalgo, que lo he de hacer; y en cuanto a lo que os prometí, cumpliré mi palabra. Os llevará a gusto, y es blando de boca. (*Entran dos ALGUACILES.*)

ALGUACIL 1º.— Éste es, prendedle.

ALGUACIL 2º.— Antonio, te prendo por orden del conde Orsino.

ANTONIO. Os engañáis, hidalgo.

ALGUACIL 1º. No me engaño:

Bien reconozco, hidalgo, vuestra cara,  
Aunque cubierta la cabeza ahora

ANTONIO. No llevéis con la gorra de marino.  
 Prendedle; sabe bien que le conozco.  
 Es fuerza obedecer. (A VIOLA). Esto me viene  
 De iros siguiendo a vos; mas no hay remedio:  
 Caro me costará. ¿Qué haréis ahora  
 Que trance tan cruel me pone en caso  
 De pedirnos mi bolsa? Más lo siento  
 Por lo que hacer no puedo en vuestra ayuda  
 Que por mi propia causa. Estáis perplejo;  
 Mas ánimo cobrad.

ALGUACIL 2º.

Venid, hidalgo.

ANTONIO.

Parte de aquel dinero necesito.

VIOLA.

¿De qué dinero habláis? Movido en parte  
 Por la amistad de que me disteis prueba,  
 Y en atención a vuestro actual apuro,  
 Quiero prestaros parte de mi pobre  
 Mísero haber: escasa es mi fortuna;  
 Mas partiré con vos lo que me resta.  
 Tomad: es la mitad de cuanto llevo.

ANTONIO.

¡Cómo! ¿Os negáis ahora? ¿Y es posible  
 Que no os persuadan beneficios tantos?  
 ¡Oh, no apuréis a un mísero! No sea  
 Que olvide mi decoro hasta el extremo  
 De echaros las mercedes y favores  
 Que os hice en cara.

VIOLA.

Yo no sé de ninguno

Ni vuestra cara, ni esa voz recuerdo.

Odio la ingratitud en pecho humano  
 Aun más que la mentira, que el orgullo,  
 Que la embriaguez, que la jactancia necia,  
 O vicio alguno, cuya vil ponzoña  
 La débil sangre infecta.

ANTONIO.

¡Cielos santos!

ALGUACIL 2º.

Venid, hidalgo, no os paréis os ruego.

ANTONIO.

Dejadme que hable un rato. A este joven  
 Libré yo de las garras de la muerte;  
 Dile socorro con amor tan santo,

Y hasta adoré su imagen, en que oculta  
Hallar creí virtud esclarecida.

ALGUACIL 1º. ¿Qué nos importa? El tiempo vuela, vamos.

ANTONIO.

¡Y el dios en tan vil ídolo se trueca!  
Deshonras, Sebastián, tan noble traza.  
Sólo en Natura es infame el torpe pecho;  
El hombre ingrato solo es contrahecho:  
Beldad es la virtud; maldad lozana  
Negro ataúd que pérfido engalana.

ALGUACIL 1º. Se vuelve loco, a fe: llevadle al punto.  
Venid, venid, hidalgo.

ANTONIO.

Conducidme.

(*Vanse ANTONIO y los ALGUACILES.*)

VIOLA.

Habla con tal fervor, que en su quebranto  
Se cree a sí mismo: no hago yo otro tanto.  
¡Oh hermano!, ¡que se cumpla mi recelo,  
Y que por ti me tomen quiera el cielo!

TOBÍAS.— Ven aquí, hidalgo; ven aquí, Fabio; reflexionemos sabiamente un rato, y pongámonos de acuerdo.

VIOLA.

A Sebastián nombró, tal vez no en vano,  
Pues soy espejo vivo de mi hermano.  
En todo igual adorno, igual color y hechura,  
Que es él a quien imito. ¡Si así fuera,  
Por mansos viento y olas bendijera!

(*Vase.*)

TOBÍAS.— Es un muchacho ruin y sin honra, y más cobarde que una liebre. Prueba su deshonra el hecho de dejar a su amigo en apuro y negarle su amistad; y en cuanto a su cobardía, preguntádselo a Fabio.

FABIO.— Es un cobarde, un cobarde devoto: es religioso en la cobardía.

ANDRÉS.— ¡Pese a mi casta! Le voy a seguir y a darle una paliza.

TOBIAS.— Hazlo: dale recio con los puños; pero no saques la espada.

ANDRÉS.— Si no lo hago... (*Vase.*)

FABIO.— Vamos a ver en qué para.

TOBIAS.— Te apostaré lo que quieras que no llegará la sangre al río. (*Vase.*)

## ACTO CUARTO

### ESCENA PRIMERA

*Delante de la casa de Olivia.*

*(Entran SEBASTIÁN y el BUFÓN.)*

BUFÓN.— ¿Me querréis hacer creer que no me han enviado a llamaros?

SEBASTIÁN.— Vete, y déjame en paz; eres un necio.

BUFÓN.— ¡Bien sostenido, a fe mía! No, no os conozco, ni me ha mandado la señora deciros que fuerais a hablar con ella; no, vuestro nombre no es Cesario, ni es ésta mi nariz tampoco. Nada es <sup>lo que</sup> conforme es.

SEBASTIÁN.— Por Dios te ruego: ensarta tus sandeces en otra parte; a mí no me conoces.

BUFÓN.— ¡Ensartar mis sandeces! Ha oído esa frase de algún gran hombre, y ahora la aplica a un bobo. ¡Ensartar mis sandeces! Me temo que este poltronazo, el mundo, acabará por ser un petimetre. Ruégote ahora que te despojes de esa extrañeza, y me digas qué le he de ensartar a mi señora. ¿Le ensartaré tu próxima llegada?

SEBASTIÁN.— Ruégote, sandio griego, que me dejes.

¿Quieres dinero? Aquí lo tienes: toma.

Paga peor tendrás si no te marchas.

BUFÓN.— A fe mía, tienes mano franca. Estos sabios que dan dinero a los necios cobran buena fama... al cabo de diez años de estarla pretendiendo. *(Entran DON TOBIÁS, DON ANDRÉS y FABIO.)*

ANDRÉS.— ¡Hola, caballero! ¿Os vuelvo al fin a encontrar? Tomad. *(Le pega.)*

SEBASTIÁN. Pues toma tú también, y toma y toma.  
Esta gente está loca, según creo.

TOBIÁS.— Poco a poco, hidalgo, o arrojaré vuestra espada por encima del tejado.

BUFÓN.— Se lo voy a contar a mi ama al punto. No quisiera hallarme en vuestras<sup>os</sup> chupas por ~~dos~~ ~~maravedís~~.  
(Vase.) *toda el oro del mundo Zapatos*

TOBIÁS.— (Sujetando a SEBASTIÁN.) Vamos, hidalgo, te neos.

ANDRÉS.— No, soltadle. Yo le ajustaré las cuentas por otro lado: le citaré a juicio por agresión violenta, si es que hay aún justicia en Iliria. Y aunque yo le pegué primero, no importa.

SEBASTIÁN.— Suéltame.

TOBIÁS.— ¡Vamos, hidalgo! No os he de soltar. ¡Vamos, joven soldado, envainad ese acero! No tenéis malos puños. ¡Vamos!

SEBASTIÁN.— ¿Me soltarás? ¿Qué quieres? Si te empeñas en apurarme más, saca tu espada.

TOBIÁS.— ¡Hola, hola! Será menester sacarte un par de onzas de esa sangre atrevida. (Desenvainan las espadas. Entra OLIVIA.)

OLIVIA.— ¡Tente, Tobías, por tu vida, tente!

TOBIÁS.— ¡Señora!

OLIVIA. ¡Siempre la misma historia! ¡Mal nacido! Tan sólo digno de vivir en montes Y bárbaras cavernas donde nunca Crianza penetró! ¡Sal de mi vista! No os deis por ofendido, buen Cesario. ¡Grosero, ve!

(Vanse DON TOBIÁS, DON ANDRÉS y FABIO.)

Te ruego, dulce amigo,  
Que te dejes guiar por tu cordura;  
Y no por la pasión, en este injusto  
Grosero ataque contra tu sosiego.

Vente conmigo; y en mi casa oído  
 Presta al relato de las mil locuras  
 Sin tino urdidas por aquel malvado,  
 Y de ésta te reirás. Fuerza es que vengas;  
 No rehuses. ¡Mal haya aquel impío:  
 Turbó en tu pecho un corazón que es mío!  
 SEBASTIÁN. (*Ap.*) (Me place el lance. ¿A qué vendrá su  
 [empeño?  
 O yo estoy loco, o debe ser un sueño.  
 ¡Hunde mis sentidos en el Leteo, oh fantasía!  
 ¡Si esto es soñar, durmamos, alma mía!)  
 OLIVIA. Ven, pues. Sé en todo dócil a mi ruego.  
 SEBASTIÁN. Tal juro ser.  
 OLIVIA. ¡Ay, dilo, y hazlo luego!

(*Vanse.*)

## ESCENA II

*Una sala de la casa de Olivia.*

(*Entran MARÍA y el BUFÓN.*)

MARÍA.— Ven acá, te lo ruego: ponte esta sotana y este alzacuello, y hazle creer que eres don Matías, el padre cura. Date prisa; llamaré a don Tobías mientras tanto. (*Vase.*)

BUFÓN.— Pues me la pondré, y me disfrazaré con ella. ¡Ojalá fuera yo el primero que se disfrazó con la sotana! No soy bastante alto para llenar bien mi papel, ni bastante flaco para poder pasar por buen estudiante: pero vale tanto tener fama de hombre honrado y de gobierno, como de hombre prudente y de gran letrado. Aquí vienen mis colegas. (*Entran DON TOBIÁS y MARÍA.*)

TOBIÁS.— ¡Dios te bendiga, padre cura!

BUFÓN.— *Bonos dies*, don Tobías; pues como dijo con mucha gracia el viejo ermitaño de Praga, que no vió nunca tinta ni papel, a la sobrina del rey Gorboduc: "lo que es es",

así yo, siendo el padre cura, soy el padre cura. ¿Pues qué es "que" sino "que", y "es" sino "es"?

TOBIAS.— A él, padre Matías.

BUFÓN.— ¡Ah!, ¿quién hay aquí? ¡La paz sea en esta cárcel!

TOBIAS.— El pícaro disimula bien. ¡Valiente pícaro!

MALVOLIO.— (*Dentro.*) ¿Quién llama?

BUFÓN.— Padre Matías, el cura, que viene a visitar a Malvolio el lúnatico.

MALVOLIO.— ¡Padre Matías! ¡Padre Matías! ¡Buen padre Matías! Id a ver a mi señora.

BUFÓN.— ¡Vade retro, hiperbólico demonio! ¿Así atormentas a este desdichado? ¿No sabes hablar más que de señoras?

TOBIAS.— Bien dicho, padre cura.

MALVOLIO.— Padre Matías, nunca fué maltratado de esta suerte hombre alguno. Buen padre cura, no creáis que estoy loco. Me han encerrado aquí entre tinieblas horrosas.

BUFÓN.— ¡Calla, inmundo Satanás! Te apostrofo en los terminos más blandos posibles, pues soy hombre de genio dulce, que trata con cortesía al mismísimo Belcebú. ¿Osas decir que esta casa está en tinieblas?

MALVOLIO.— Como el infierno, padre cura.

BUFÓN.— ¿Cómo se entiende? Tiene ventanas tan transparentes como tapias, y las tejas hacia el Surnorte relumbran como el ébano: ¿y aún te quejás de tinieblas?

MALVOLIO.— No estoy loco, padre Matías: os digo que esta casa está en tinieblas.

BUFÓN.— Loco, te engañas. Te digo que no hay más tinieblas que la ignorancia en que tú estás más sumido que los egipcios en su niebla.

MALVOLIO.— Digo que esta casa está tan tenebrosa como la ignorancia, aunque fuera la ignorancia tan tenebrosa como el infierno; y digo que nunca fué maltratado de tal suerte hombre alguno. Tengo tanto de loco como vos, y si no, haced la prueba dirigiéndome preguntas razonables.

BUFÓN.— ¿Cuál es la doctrina de Pitágoras concerniente a las aves silvestres?

MALVOLIO.— Que el alma de nuestra abuela pudiera tal vez estar en un ave.

BUFÓN.— ¿Qué opinas de su doctrina?

MALVOLIO.— Yo pienso noblemente del alma, y no apruebo en manera alguna su doctrina.

BUFÓN.— Dios te guarde. Permanece siempre en tinieblas. Tienes que creer en la doctrina de Pitágoras antes que te pueda dar yo por cuerdo, y guárdate de matar ninguna perdiz por temor de expulsar el alma de tu abuela. Dios te guarde.

MALVOLIO.— ¡Padre Matías, padre Matías!

TOBIAS.— ¡Padre Matías de mis entrañas!

BUFÓN.— Yo nado bien en todas las aguas.

MARÍA.— Para hacer eso no habías menester de alza-cuello y sotana: no te ve.

TOBIAS.— Háblale ahora en tu voz natural, y dime cómo le encuentras. Quisiera poner término cuanto antes a esta truhanada. Si pudiéramos ponerle en libertad oportunamente, lo haría de buena gana, pues estoy ahora tan de malas con mi sobrina, que no puedo seguir sin peligro con esta broma hasta su remate. Llégate luego a mi aposento.

(Vanse DON TOBIAS y MARÍA.)

BUFÓN. (Canta.) Dime, pastor, por tu vida:  
¿Qué hace tu prenda querida?

MALVOLIO. ¡Bufón!

BUFÓN. (Canta.) Me trata sin compasión.

MALVOLIO. ¡Bufón!

BUFÓN. (Canta.) ¡Mal haya!, ¿por qué razón?

MALVOLIO. ¡Bufón! ¡Oye!

BUFÓN. (Canta.) Está por otro perdida.

¿Quién llama?

MALVOLIO.— ¡Mi querido Bufón! Si deseas hacerte acreedor a mi gratitud eterna, procúrame una vela, una pluma, tinta y papel: a fe de caballero, te lo he de agradecer.

BUFÓN.— ¡Señor Malvolio!

MALVOLIO.— ¡El mismo, mi querido Bufón!

BUFÓN.— ¡Ay, triste! ¿Cómo fué eso de perder vuestros cinco sentidos?

MALVOLIO.— Bufón, te digo que no se abusó nunca tan ignominiosamente de la paciencia de un hombre. Estoy tan cuerdo como tú.

BUFÓN.— ¿No más cuerdo que yo? Pues entonces debéis estar loco rematado, si no tenéis más cordura que un bufón.

MALVOLIO.— Me han encerrado en este calabozo; me tienen a oscuras, me mandan clérigos asnos, y hacen cuanto pueden por volverme loco.

BUFÓN.— ¡Cuidado con lo que se dice! El clérigo está aquí. (*Mudando la voz.*) “¡Malvolio! ¡Malvolio!, ¡que el cielo te devuelva tu juicio! Procura conciliar el sueño, y deja esa ociosa cháchara.”

MALVOLIO.— ¡Padre cura!

BUFÓN.— “No te entretengas en pláticas con él, amigo. ¿Quién, yo, señor? No haré tal. Dios os guarde, padre Matías. “Amén, digo”. Está bien, así lo haré.”

MALVOLIO.— ¡Bufón! ¡Bufón! ¡Bufón, escucha!

BUFÓN.— Vamos, señor, tened paciencia. ¿Qué decís? Me regañan porque os hablo.

MALVOLIO.— Mi querido Bufón, procúrame una luz y papel: te digo que estoy tan en mi juicio como cualquiera en Iliria.

BUFÓN.— ¡Ojalá fuera eso cierto!

MALVOLIO.— A fe mía que lo estoy. Querido Bufón, un poco de papel, tinta y luz, y entrega lo que pusiere por escrito a mi señora: nunca te habrá valido tanto la entrega de una carta.

BUFÓN.— Os lo procuraré; pero decidme la verdad: ¿estáis loco de veras, o lo fingís tan sólo?

MALVOLIO.— Créeme, no estoy loco: te digo la pura verdad.

BUFÓN.— ¡Cal!, no creeré jamás a ningún loco mientras no le vea los sesos. Os traeré luz, papel y tinta.

MALVOLIO.— Bufón, te lo pagaré con creces. Ve, por Dios.

BUFÓN.

(Canta.) *Al punto voy:  
Un duende soy;  
Vuelvo en un santiamén.  
Y corro más  
Que Satanás  
Cuando me pagan bien. (Vase.)*

ESCENA III

*El jardín de Olivia.*

(Entra SEBASTIÁN.)

SEBASTIÁN.

Éste es el aire; aquél el sol radiante;  
Dióme esta perla, yo la palpo y veo;  
Y aunque el asombro embarga mis sentidos,  
Locura no es. / ¿En dónde estará Antonio?  
En vano fuí a buscarle al "Elefante".  
Sin embargo, allí estuvo; y allí me aseguraron  
Que fué por la ciudad en busca mía.  
Pudiera serme su consejo ahora  
De singular provecho; que, aunque bien  
[discurre  
El alma, a la que apoyan mis sentidos,  
Que puede ser error, mas no locura;  
No obstante, excede tanto a toda idea,  
A todo ejemplo, tal raudal de dicha,  
Que casi de mis ojos desconfío,  
Y a mi razón censuro, porque trata  
De disuadirme de la firme creencia  
De que estoy loco, o que lo está la dama.  
~~Empero,~~ <sup>sin embargo</sup> si así fuera, mal podría  
Su casa gobernar y sus criados,  
Velar por todo, y despachar asuntos  
Con aire tan resuelto, afable y firme

Como advertí que lo hace. Aquí se oculta  
Algún misterio. Mas la dama viene.

*(Entran OLIVIA y un SACERDOTE.)*

OLIVIA. Mi prisa no tachéis. Si vuestros fines  
Honestos son, conmigo y este padre  
En ese templo entrad, y en su presencia,  
Allí, bajo aquel techo consagrado,  
Juradme fe cumplida, y logre mi alma,  
Que aún turban mil recelos y mil dudas,  
Certeza y paz. Lo callará hasta el día  
Que os plazca hacerlo público; y entonces,  
Como a mi rango cumple, nuestra boda  
Celebraremos. ¿Qué decís, amigo?

SEBASTIÁN. Iré con vos y con el buen anciano,  
Y os juraré ser fiel, y a fe, no en vano.

OLIVIA. Padre, guiad. Y con su luz el cielo  
Bendiga el logro de mi dulce anhelo. *(Vanse.)*

## ACTO QUINTO

### ESCENA PRIMERA

*Delante de la casa de Olivia.*

*(Entran el BUFÓN y FABIO.)*

FABIO.— Si me quieres, Bufón, enséñame su carta.

BUFÓN.— Querido señor Fabio, dejad que os pida otro favor.

FABIO.— Pídeme lo que quieras.

BUFÓN.— No me pidáis que os enseñe esta carta.

FABIO.— Esto es como regalarme un perro y pedirme en recompensa el mismo perro otra vez. *(Entran el DUQUE, VIOLA, CURIO y otros.)*

DUQUE.— ¿Sois de la servidumbre de la señora Olivia, amigos?

BUFÓN.— Sí, señor; formamos parte de sus trastos domésticos.

DUQUE.— Te conozco muy bien. ¿Qué tal te va, buen hombre?

BUFÓN.— A fe, señor, bien con mis enemigos y mal con mis amigos.

DUQUE.— Al contrario; bien con tus amigos.

BUFÓN.— No, señor, mal.

DUQUE.— Pues ¿cómo es eso?

BUFÓN.— Ello es, señor, que mis amigos me alaban y me convierten en asno; en cambio, mis enemigos me dicen claramente que soy un borrico: de suerte que por mis enemigos gano en conocimiento de mí mismo, y por mis amigos me pongo en ridículo. De suerte que, siendo las

conclusiones como besos, si cuatro negativas hacen dos afirmativas, resulta que me va bien con mis enemigos y mal con mis amigos.

DUQUE.— A fe que esto es excelente.

BUFÓN.— Nada de eso, señor, por más que os plazca ser uno de mis amigos.

DUQUE.— Pero no quiero que pierdas nada por mí; toma esta moneda de oro.

BUFÓN.— Si no hubiera algo de doblez en la acción, os pediría que doblaseis esta moneda.

DUQUE.— ¡Ah!, me das malos consejos.

BUFÓN.— Meted vuestra bondad en vuestro bolsillo, por esta vez no más, y dejad que vuestra carne y sangre la obedezcan.

DUQUE.— Pues pecaré hasta el extremo de obrar con doblez: toma otra.

BUFÓN.— No es mal juego, señor, el de a la una, a las dos, a las tres; y, como dice el antiguo adagio, a la tercera va la vencida. No hay compás más alegre que el compás de tres; acordaos del repique de las campanas de San Benito: una, dos, tres.

DUQUE.— No me sonsacarás más dinero de esta hecha. Si quieres anunciar a tu ama que deseo hablarla, y logras traerla contigo, ello tal vez podrá ser parte a despertar mi liberalidad.

BUFÓN.— Pues arrullad a vuestra liberalidad hasta que vuelva. Voy, señor, aunque no quisiera que pensaraís que mi deseo de tener es codicia. Pero, como vos decís, que de unas cabezadas vuestra liberalidad; no tardaré en despertarla. (*Vase.*) (*Entran ANTONIO y ALGUACILES.*)

VIOLA. Éste es el hombre a quien amparo debo.

DUQUE. Y bien recuerdo aquella cara suya.  
La última vez que yo la vi, tiznada  
Estaba y negra como el dios Vulcano  
Del humo de la guerra. De una triste

Nave era capitán, inapreciable  
Por su pequeño porte y corta cala;

Con ella, empero, a la más noble quilla  
De nuestra armada se aferró tan crudo,  
Que hubo de honrarle y de gritarle vitor  
La misma envidia y voz de la derrota.

¿Qué ocurre?

ALGUACIL 1º.

Orsino, éste es aquel Antonio

Que el "Fénix" os quitó con cargamento;  
Éste es quien abordara el "Tigre" cuando  
Perdió la pierna vuestro deudo Tito.  
Aquí en las calles, temerario y rudo  
Prendímosle, trabado en una riña.

VIOLA.

Se puso de mi parte y dióme amparo;  
Mas luego, Alteza, hablóme tan confuso,  
Que dijo no sé qué; locura, creo.

DUQUE.

¡Ladrón de mar! ¡Indómito pirata!  
¿Qué necio arrojó así a merced te puso  
De quien en tan sangriento y rudo encuentro  
Trocaste en enemigo?

ANTONIO.

¡Noble Orsino!

Ladrón pirata no fué nunca Antonio,  
Aunque confieso que con harta causa  
Enemigo de Orsino. Aquí me atrajo  
Mágica fuerza. A aquel rapaz ingrato  
Libré de la espumante y fiera boca  
Del mar airado. Presa de la muerte  
Le di la vida y mi amistad con ella;  
Le di mi amor sin límite ni freno;  
El alma le entregué; por causa suya,  
Por puro amor hacia él, me expuse sólo  
De esta ciudad adversa a los peligros.  
En su defensa desnudé la espada,  
Viéndole acometido; y siendo preso,  
Le dió descaró su falaz astucia

[No estando en compartir conmigo el riesgo]

Para negar nuestra amistad y trato,

[Y en un guiñar de párpados trocóse]

En un ser remoto, Me negó mi bolsa,

Mi propia bolsa que minutos antes  
Dejéle para su uso.

VIOLA.

¡Lance extraño!

DUQUE.

¿Y cuándo vino aquí?

ANTONIO.

Señor, hoy mismo;

Y por espacio de tres meses antes  
Vivimos siempre juntos, noche y día,  
Ni un punto, ni un instante separados.

(Entra OLIVIA con acompañamiento.)

DUQUE.

Ya viene la condesa: el cielo ahora  
Huella la tierra. En cuanto a ti, buen hombre,  
Locura es lo que dices: ha tres meses  
Que este mancebo a mi servicio se halla.  
Luego hablaremos de ello; retiradle.

OLIVIA.

¿En qué serviros puede Olivia, Alteza,  
No siendo en cosa que os esté vedada?  
Vuestra palabra no cumplís, Cesario.

VIOLA.

Señora mía...

DUQUE.

Encantadora Olivia...

OLIVIA.

¿Qué contestáis, Cesario? Alteza...

VIOLA.

Mi dueño quiere hablar: callar me cumple.

OLIVIA.

Si es algo, Alteza, sobre el tema antiguo,  
Tan poco grato es a mi oído como  
Tras música ladridos.

DUQUE.

¡Siempre cruel!

OLIVIA.

Siempre constante, Alteza.

DUQUE.

¡Sí, constante!

En la perversidad! Beldad tirana,  
En cuyo ingrato altar, jamás propicio,  
Mi alma exhaló los más sinceros votos  
Que nunca fe prestó, ¿qué quieres que haga?  
Lo que mejor le cuadre a Vuestra Alteza.

OLIVIA.

DUQUE.

¿Por qué, si alma tuviese para hacerlo,  
Como el ladrón egipcio en la hora extrema,  
No hubiera de matar al bien que adoro?

¡Bárbaros celos que hasta en nobles rayan!  
 Pero esto oíd: ya que desdén tan sólo  
 Mi fe os arranca, y pues conozco en parte  
 Al instrumento que me saca artero  
 Del puesto a mí debido en vuestra gracia,  
 Vivid, tirana de marmóreo pecho.

Pero esta prenda, a quien amáis, me consta,  
 Y a quien, lo juro al cielo, estimo en mucho,  
 Sabré arrancar de vuestros crueles ojos,  
 Donde se entronizó a despecho de su dueño.  
 Vente, rapaz, conmigo. Mis entrañas  
 Rebosan de crueldad. Por darte enojos,  
 Alma de grajo en tórtola escondida,  
 A esta ovejita quitaré la vida.

*(En actitud de irse.)*

VIOLA.

Y yo contento iré, jovial, gozoso,  
 A muertes mil por que logréis reposo.

OLIVIA.

¿Donde, Cesario?

VIOLA.

Tras el bien que quiero  
 Más que a mis ojos y que al mundo entero;  
 Más, mucho más, mil veces, que mi vida,  
 Cual nunca amar podré a mujer nacida.  
 Si disimulo, mi falaz engaño  
 Castigue el cielo con rigor extraño.

OLIVIA.

Ay, infeliz de mí! ¡Que así me engañe!

VIOLA.

¿Quién os engaña? ¿Quién os hace ofensa?

OLIVIA.

¿Así te olvidas? Que hace una hora piensa.  
 Llamad al padre.

*(Sale un CRIADO.)*

DUQUE.

Ven.

OLIVIA.

¿Señor, adónde?

Cesario, esposo, ¿dónde vas?: responde.

DUQUE.

¡Esposo!

OLIVIA.

¡Esposo! Niégalo, perjuro,

DUQUE.

¿Su esposo tú?

VIOLA.

No tal, señor, lo juro.

OLIVIA.

Ay, triste!, la bajeza de tu miedo  
 A sofocar te obliga tu decoro.  
 Nada temas, Cesario; a tu fortuna  
 Abrázate resuelto; sé quién eres  
 E igual serás al que te causa espanto.

(*Entra el SACERDOTE.*)

SARCEDOTE

¡Oh, bienvenido, reverendo padre!  
 Te encargo por tu santo ministerio,  
 Que aquí declares (aunque ha poco rato  
 Nos propusimos mantener oculto  
 Lo que revela la ocasión ahora  
 Antes que esté maduro) lo que sabes  
 Que hubo entre mí y aquel mancebo ha poco  
 De eterna fe y amor contrato estrecho,  
 Con mutua unión de manos confirmado,  
 Atestiguado con un santo beso,  
 Fortalecido con trocar de anillos,  
 Y de esta unión la ceremonia toda  
 Sellada por mi cargo y testimonio.  
 De cuándo acá dice el reloj que anduve  
 Dos horas sólo de mortal jornada.

DUQUE.

¿Qué no serás, hipócrita taimado,  
 Cuando de gris tu frente el tiempo siembre?  
 ¿O crecerá tu astucia tan ladina,  
 Que causa sea de tu propia ruina?  
 Tómala, adiós, y vuelve tus pisadas  
 Donde jamás te alcancen mis miradas.  
 Juro, señor...

VIOLA.

OLIVIA.

No jures; bien conviene  
 Alguna fe en quien tanto miedo tiene.

(*Entra DON ANDRÉS con la cabeza ensangrentada.*)

ANDRÉS.— ¡Un cirujano, por amor de Dios! Y envidad uno  
 pronto a don Tobías.

OLIVIA.— ¿Qué ocurre?

ANDRÉS.— Me ha descalabrado, y don Tobías ha sacado de la refriega una crisma ensangrentada. Por el amor de Dios, prestadme ayuda. Diera cuarenta escudos por estar en mi casa.

OLIVIA.— ¿Quién ha hecho eso, don Andrés?

ANDRÉS.— El paje del conde, un tal Cesario. Le teníamos por cobarde, y es el mismo diablo en persona.

DUQUE.— ¿Mi paje Cesario?

ANDRÉS.— ¡Voto a mi casta, aquí está! Me habéis roto la cabeza por nada, pues lo que hice lo hice a instigación de don Tobías.

VIOLA.                   ¿Por qué eso a mí? No os hice daño nunca;  
Sin causa el hierro contra mí sacasteis,  
Mas yo os hablé cortés; no os hice nada.

ANDRÉS.— Si darle a uno una crisma ensangrentada es hacerle daño, vos me habéis hecho daño. Me parece que no dais importancia alguna a una crisma ensangrentada. (*Entran DON TOBIÁS y el BUFÓN.*) Aquí viene don Tobías cojeando; ya oiréis algo más. A no haber estado él borracho, a fe que te hubiera hecho bailar otra danza.

DUQUE.— ¿Qué tal, hidalgo? ¿Cómo os va?

TOBIÁS.— Es igual; me ha herido, y santas pascuas. ¿Zote, has visto al maestro cirujano, zote?

BUFÓN.— Hace una hora, don Tobías, que está borracho. A las ocho de la mañana ya habían anochecido sus ojos.

TOBIÁS.— Es un pícaro, entonces, un lirón. Detesto a esos pícaros borrachos.

OLIVIA.— Lleváosle. ¿Quién fué el autor de esta desgracia?

ANDRÉS.— Yo os ayudaré, don Tobías, pues nos van a vendar juntos.

TOBIÁS.— ¿Vos ayudarme? ¡Quita allá, asno, fatuo, bellaco, bellaco cobarde, ganso!

OLIVIA.— Llevadle a la cama y que le curen las heridas. (*Vanse el BUFÓN, DON TOBIÁS, DON ANDRÉS y FABIO.*) (*Entra SEBASTIÁN.*)

SEBASTIÁN.           Me duele haber herido a vuestro deudo:

Mas aunque hubiese sido hermano mío,  
A obrar con discreción y con cautela,  
No pudiera por menos. Noble dama,  
Que me miráis con extrañeza advierto,  
Lo cual me prueba que os he hecho ofensa.

DUQUE.

Olivia, perdonadme por los votos  
Que hicimos mutuamente ha poco rato.

SEBASTIÁN.

¡Un rostro, traje y voz, y dos personas!  
Ilusión natural que es y no es cierta.  
¡Antonio mío! ¡Oh mi querido Antonio!  
¡Con qué rigor tratáronme las horas  
Desde que te perdí!

ANTONIO.

Decid: ¿por dicha

Sois Sebastián?

SEBASTIÁN.

¿Dudarlo puede Antonio?

ANTONIO.

Pues ¿cómo os dividisteis de vos mismo?  
No se parece tanto un huevo a otro  
Como estas dos criaturas. ¿Cuál, pregunto,  
Es Sebastián?

OLIVIA.

¡Oh rara maravilla!

SEBASTIÁN.

¿Seré yo aquél? No tuve hermano nunca;  
Y no es mi ser de tan divina esencia  
Que pueda estar aquí y en todas partes.  
Tuve una hermana a quien las ciegas ondas  
Del piélago engulleron. Reveladme  
Por compasión, ¿qué vínculo nos une,  
De qué nación, qué estirpe, sois, qué nombre?  
De Mesalina; fué Sebastián mi padre;  
Y Sebastián llamábase mi hermano.

VIOLA.

Si pueden revestirse los espíritus  
De forma y traje, vienes a espantarnos.

SEBASTIÁN.

Soy en efecto espíritu; no obstante,  
Voy revestido de la corpórea forma  
Que en el materno seno me fué dada.  
Fuerais mujer, pues lo demás concuerda,  
Y vuestra mejilla en lágrimas bañara,  
Diciendo: ¡Salve, hermana Viola!

VIOLA. Tuvo un lunar mi padre aquí en la frente.

SEBASTIÁN. También el mío.

VIOLA. Y falleció aquel día

En que cumplió su Viola trece abriles.

SEBASTIÁN. Vivo en el alma guardo aquel recuerdo.

Al fin llegó de su mortal jornada

Cuando cumplió mi hermana trece abriles.

VIOLA. Si nada estorba nuestra mutua dicha  
Sino este traje varonil que usurpo,  
Los brazos no me des mientras no afirme,  
Concuerte y pruebe cada circunstancia

Que Viola soy; y para confirmarlo,  
Llevaros quiero a casa de un marino  
Que se halla en la ciudad, en donde queda  
Mi traje de doncella. Con su ayuda  
Logré salvarme, entrando de este noble  
Duque al servicio; y cuantos incidentes  
Registra desde entonces mi fortuna,  
Han sido entre esta dama y este Duque.

SEBASTIÁN. (A OLIVIA.) Al parecer, señora, os engañasteis.

Aunque natura en esto obró cual suele,  
Os queríais casar con una virgen;  
Y a fe que en eso no sufrís engaño,  
Pues con un corazón virgen os casasteis.

DUQUE. No os turbéis; nació de sangre noble.

Si esto es así, cual lo atestigua todo,  
Tendremos parte en tan feliz naufragio.

(A VIOLA.) Rapaz, mil y mil veces me dijiste  
Que como a mí nunca a mujer amaras.

VIOLA. Y lo que entonces dije juro ahora,  
Y lo jurado guardaré tan firme,

Cual la celeste bóveda la lumbre  
Que el alba del crepúsculo separa.

DUQUE. Dame la mano y deja que te vea  
En tus virgíneas galas.

VIOLA. Dilas luego

Al capitán que a tierra aquí me trajo,

Quien preso está, no sé por qué motivo,  
 A instancia de Malvolio, gentilhombre  
 De la alta servidumbre de esta dama.  
 OLIVIA. Pondránle al punto en libertad. Que venga  
 Malvolio aquí. ¡Mas, ay, me acuerdo ahora  
 Que dicen que está loco el desdichado!

*Saca Viola para...*

(*Entran el BUFÓN, con una carta, y FABIO.*)

Mi propio frenesí, que tal me tuvo,  
 El suyo desterró de mi memoria.

¿Qué hace, Bufón?

BUFÓN.— A fe, señora mía, hace cuanto le es posible hacer  
 a un hombre en su estado por tener a raya a Belcebú. Os  
 ha escrito esta carta; os la hubiera debido entregar esta  
 mañana; pero como la epístola de un loco no es ningún  
 evangelio, no corre gran prisa el entregarla.

OLIVIA.— Ábrela y lee.

BUFÓN.— No podréis menos de quedar edificados, oyendo  
 al bufón interpretar al loco. (*Lee.*) "Vive Dios, señora..."

OLIVIA.— ¿Qué es eso? ¿Estás loco?

BUFÓN.— No, señora; no hago más que leer locuras. Si  
 quiere Vuestra Señoría que lo haga como es debido, es  
 menester que dé rienda suelta a mi voz.

OLIVIA.— Te ruego que la leas con sano juicio.

BUFÓN.— Tal hago, mi señora; mas para dar a sus palabras  
 su verdadero sentido, es fuerza leerlas así. Por tanto, refle-  
 xionad, princesa, y prestadme atención.

OLIVIA.— Léela tú, Fabio.

FABIO.— (*Lee.*) "Vive Dios, señora, que me ultrajáis; y lo  
 ha de saber el mundo. Aunque me habéis encerrado en un  
 calabozo tenebroso, bajo la custodia de vuestro tío borracho,  
 no obstante estoy tan en uso de razón como vuestra Señoría.  
 Guardo en mi poder la carta, escrita de vuestro puño y  
 letra, que me indujo a tan extraño comportamiento; con la  
 cual estoy seguro de que podré justificarme a mí mismo, y  
 avergonzaros a vos. Pensad de mí lo que queráis. Me olvido

por un instante del respeto que os debo, y hablo movido por el ultraje que se me ha inferido.

EL LOCAMENTE TRATADO MALVOLIO."

OLIVIA.

¿Y es él quién esto escribe?

BUFÓN.

Es él, señora.

DUQUE.

A fe que su estilo no es de loco.

OLIVIA.

Fabio,

Hazle soltar, y tráele a mi presencia.

(Sale FABIO.)

DUQUE.

Alteza, si os pluguiere, tras madura,  
 Sensata reflexión, considerarme,  
 Antes que como esposa, como hermana,  
 Celébrese algún día esta alianza,  
 Si os place, aquí en mi quinta y a mi costa.  
 Con gusto acepto vuestra oferta, Olivia.  
 (A VIOLA.) En libertad os deja vuestro dueño.

Por el servicio que le habéis prestado,  
 A vuestro blando sexo tan opuesto,  
 Tan inferior a vuestras nobles prendas  
 E innata gentileza y ya que dueño  
 Durante tanto tiempo me llamasteis,  
 Mi mano os doy: seréis desde este día  
 Dueña de vuestro dueño.

OLIVIA.

¡Hermana mía!

(Entran FABIO y MALVOLIO.)

DUQUE.

¿Es éste el loco?

OLIVIA.

Éste es, señor, Malvolio.

¿Qué hay, Malvolio?

MALVOLIO.

Señora, me habéis hecho

Notorio ultraje.

[ultraje,

OLIVIA.

¿Yo, Malvolio? Nunca.

MALVOLIO.

Señora, vos. Leed esta carta, os ruego.  
 No me osaréis negar que es letra vuestra.  
 Si sois capaz de hacerlo, en otro estilo

VA

Trazad con otra letra estos renglones.

Negad que es vuestro el sello y la inventiva  
 No, no podéis. Pues confesadlo entonces,  
 Y por la fe de vuestro honor, decidme:  
 ¿Por qué me disteis pruebas tan patentes  
 De estima y de favor? ¿Por qué mandasteis  
 Que a vos me presentara sonriendo,  
 Con medias amarillas, como os gusta,  
 Y las ligas cruzadas? ¿Que tratara  
 Con desdeñoso orgullo a don Tobías  
 Y a la menuda gente? Y al cumplirlo  
 Con celo humilde, lleno de esperanza,  
 ¿Cómo pudisteis consentir que en negra  
 Lóbrega cárcel me tuvieran preso,  
 Que fuera a verme el cura, y que atrevidos  
 Me convirtieran en insigne ganso  
 Y en el necio mayor con quien la mofa  
 Se divirtió jamás? ¿Por qué?, decidme.

OLIVIA.

Mira, Malvolio, que ésta no es mi letra,  
 Aunque muy parecida, lo confieso.  
 Sin duda alguna es letra de María.  
 Y fué ella misma, lo recuerdo ahora,  
 Quien primero me habló de tu locura.  
 Luego llegaste sonriendo, en traje  
 Igual al que en la carta te alabaron.  
 Sosiégate, por Dios. Pesada burla  
 Es la que te han jugado; mas te juro  
 Que cuando sepa los autores de ella,  
 Serás tu mismo juez y demandante  
 En causa propia.

FABIO.

Noble dama, oídme;

Y no dejéis que empañe de esta hora  
 El brillo, que contemplo con asombro,  
 Reyerta por venir ni crudo enfado.  
 En la esperanza de que así suceda.  
 Confieso con lealtad que yo y Tobías  
 Contra Malvolio urdimos esta burla,

Movidos a rencor por su aspereza  
 Y trato descortés. La consabida  
 Carta escribió María, importunada  
 Por don Tobías con ardiente ruego,  
 Quien dióla en pago mano y fe de esposo.  
 La festiva malicia con que a cabo  
 Llevamos nuestro plan, más bien provoca  
 A risa que a venganza, si se tiene  
 En cuenta los agravios inferidos  
 Por una y otra parte, noble dama.

OLIVIA.— ¡Ay infeliz: cómo se burlaron de tí!

BUFÓN.— Ya se ve, “unos nacen grandes, otros alcanzan  
 grandeza, y a otros la grandeza se les echa encima”. También  
 desempeñé mi papel en este entremés, **hidalgo**: representé a  
 un cierto padre Matías; pero todo es uno. “Vive Dios,  
 Bufón, que no estoy loco!” Pero ¿no os acordáis? “Señora,  
 no comprendo cómo os puede divertir un **bellaco** tan sin  
 gracia; si no os reís, se le traba la lengua”. Así es como se  
 venga esa **perinola**, el tiempo.

MALVOLIO.— Yo sabré vengarme de la cuadrilla entera.

(Vase.)

OLIVIA.

La broma ha sido por demás pesada.

DUQUE.

Corred tras él; tratad de apaciguarle:

Aun no nos dió del capitán noticia.

Después de hablar con él, y cuando el tiempo

Propicio nos convide, nuestras almas

Solemne unión celebrarán gozosas.

De aquí no nos iremos entre tanto,

Hermosa dama. **Ven, Cesario mío;**

**Pues tal serás en tanto que hombre fueres;**

**Mas cuando te revistas de otras galas,**

Serás de Orsino esposa, y reina mía.

(Vanse todos, menos el BUFÓN.)

BUFÓN.

(Canta.) Cuando era yo rapaz y pequeñuelo;  
 ¡Voto va con el viento y la lluvia!

*Vivia alegre sin pesar ni duelo;  
Y es que todos los días diluvia.*

*Ya fui mayor y vi que a los ladrones,  
¡Voto va con el viento y la lluvia!,  
Cerraban todos puertas y cajones;  
Y es que todos los días diluvia.*

*Cuando tomé mujer en día infando,  
¡Voto va con el viento y la lluvia!,  
En vano quise prosperar holgando;  
Y es que todos los días diluvia.*

*Y cuando me iba del figón al lecho,  
¡Voto va con el viento y la lluvia!,  
Galera parecía en mar deshecho;  
Y es que todos los días diluvia.*

*Ha siglos que anda el mundo como andaba,  
¡Voto va con la lluvia y el viento!,  
Pero es todo uno: aquí la pieza acaba;  
Y es que todos los días, no miento,  
Trataremos de daros contento. (Vase.)*

Seminario Multidisciplinario  
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades  
UPR-PP

FIN  
DE  
NOCHE DE REYES